

RECENSIONES Y RÉPLICAS

BARBARA BENDER with PAUL AITKEN, WESLEY BURRAGE, MARK EDMONDS, IAN HODDER, RONALD HUTTON, HILARY JONES, NICK MERRIMAN, DOLORES ROOT, CHRIS TILLEY, RUTH TRINGHAM and PETER UCKO: *Stonehenge. Making Space*. Berg. Oxford y New York, 1998. XIV + 254 pp., 52 figs. ISBN 185973 903 2 (Cloth) y 185973908 3 (paper). £ 14.99.

Stonehenge. Making Space es un libro singular. Huelga aclarar que este adjetivo no surge de la mirada del lector sino de la voluntad expresa de la autora quien, como desarrollaré a continuación, logró su cometido. El libro combina capítulos que desarrollan diferentes temas y otros organizados alrededor de los diálogos (entrevistas) personales o vía electrónica que B. Bender mantuvo con diversos historiadores, arqueólogos y miembros del grupo que propone una visión 'alternativa' de Stonehenge. Aunque la tapa sólo contiene el nombre de "Barbara Bender", la portada incluye, como una suerte de compañeros de autoría, la serie de interlocutores de Bender. Ello ya presagia el punto de partida: una posición que entiende al 'autor' como el resultado de todas las ideas, intercambios, historias y biografías que se cruzan para producir la obra. Quizás precisamente por esto, el libro se inicia con una breve autobiografía intelectual ilustrada por caricaturas de Dave Rovinson que muestran y cuentan el recorrido familiar-ideológico-teórico de B. Bender. Debo reconocer que esta parte del libro me hizo preguntar acerca de por qué el cuestionamiento post moderno al 'autor' conduce a la auto-exhibición del mismo. Por otro lado, ¿afirmar que la empresa intelectual está teñida de subjetividad equivale, acaso, al deber de contar la propia historia personal cada vez que queremos describir algo?

En el capítulo 2 (*Prehistoric Stonehenge landscapes*) Bender define sus ideas con respecto al paisaje prehistórico de la siguiente manera (p. 40): "1) *the indivisibility of nature and culture*; 2) *conceptual boundaries within the landscape*; 3) *the possibility that sometimes, the act may be more important than the material result*; 4) *differential experience of the landscape*; 5) *contested landscapes*; and 6) *the appropriation, over and over again, of past landscapes*". Por otro lado, define a Raymond Williams como uno de sus inspiradores en lo que se refiere al proyecto de una historia social y cultural del paisaje.

Quizás un elemento interesante –que se señala en el diálogo con el historiador Ronald Hutton (Capítulo 5: *Dialogues 2: Contested Landscapes*)– es el tipo de relación que se establece con los textos de disci-

plinas académicas relacionadas cuando uno cruza los límites tradicionalmente trazados entre ellas. En este caso específico, un historiador cuestiona a una antropóloga la lectura simplista de la evidencia basándose en interpretaciones consagradas pero que, al mismo tiempo, han sido o están siendo objeto de revisión en la historiografía más reciente. En especial, lo que se cuestiona es la visión polarizada de Le Goff del mundo medieval frente a la evidencia de los documentos de la iglesia que los historiadores ingleses han trabajado. Estos muestran unos matices negados en la interpretación francesa que, sin indagar en las investigaciones contemporáneas, B. Bender había aceptado. Las causas pueden ser muchas y pueden incluir una traducción o una lectura tardía de Le Goff. Singularmente, frente a los historiadores, las opiniones de Bender quedan en una posición similar a las que ella analiza sobre la visión del pasado por los no profesionales. Esto me hace preguntar por qué la voluntad de situar históricamente el propio discurso no conlleva una voluntad de investigación histórica rigurosa. También me hace pensar en que la búsqueda de la multivocalidad tiende a favorecer las voces extra-académicas y que quizás, eso mismo, nos lleva a olvidar esa práctica tan sana como es revisar de la manera más exhaustiva posible la bibliografía sobre un tema particular.

Las ciencias de campo, como la arqueología, suponen también la relación entre el científico y muchos otros como, por ejemplo, los habitantes del lugar, quienes, lejos de presentarse como meros objetos o informantes, disputan el papel de encarnar a los verdaderos conocedores de las claves para escribir sobre ese sitio: son quienes poseen las observaciones realizadas de manera sostenida, el conocimiento del paisaje y de los códigos locales dados por el tiempo y por ser un 'nativo'. Recordemos que, a diferencia del laboratorio, el 'campo' es un espacio abierto, cuyo control el científico no puede garantizar (Kuklick y Kohler, 1996). El campo, quizás de manera similar a una biblioteca o a un archivo, no puede 'cerrarse' a los aficionados ni tampoco a otros equipos de científicos. Incluso en épocas de profesionalización y especialización consolidada, no son extraños los casos de recolección del objeto que 'pertenece' a un campo disciplinario por parte de los practicantes de otro (Vessuri, 1999, Miotti y Podgorny, 1995). Los restos arqueológicos y paleontológicos, los vocabularios, las músicas, las leyendas y las industrias indígenas, las historias de vida, las historias locales, las rocas, los moluscos resultan especialmente atractivos para coleccionistas, universitarios o no, que no pueden resis-

tirse a la tentación de 'levantar' o registrar eso que parece abandonado y presto a desaparecer. Sin embargo, mientras que ni los geólogos ni los malacólogos han visto peligrar su campo de trabajo por la competencia de los aficionados, otras áreas tejieron parte de su profesionalización solicitando la intervención del Estado a través de legislaciones sobre el control de las colecciones y del trabajo en los yacimientos. Resulta sumamente interesante leer el capítulo 4 (*Contested Landscapes: Medieval to present day*), donde se relata precisamente cómo se fue tejiendo la relación entre arqueólogos profesionales, las 'piedras' y las leyes inglesas para la protección de lo que, en un momento, se transformó en uno de los símbolos de la Nación. En este sentido aparece como punto máximo de esta historia, la intervención de la policía en la década de 1980 para salvaguardar la integridad del sitio frente a los usos de grupos de 'druidas', *travellers* y otros que se disputaban el 'control' del sitio con los *lobbies* patrimoniales, turísticos y profesionales.

En diálogo con Ian Hodder (Capítulo 7), este último recuerda que las polémicas en torno a Stonehenge no son comparables con la violencia desatada en otros contextos por el control de la historia y de sitios 'arqueológicos' como Ayodhya en la India. La idea misma de sitios arqueológicos hablaría de lugares (Bender preferiría hablar de paisajes –landscapes–) que pertenecen a una dimensión pretérita y que han sido sustraídos del presente. En este sentido, quizás sea interesante comparar con el complejo de Angkor Wat en Camboya. El visitante de inicios del siglo XXI se encuentra con un panorama que difícilmente puede calificar de restos o de ruinas: las imágenes de Buda o sus fragmentos son adorados en sus altares y con sus monjes. Al mismo tiempo, los reservorios de agua construidos hace siglos, son utilizados como fuente de pasturas para el ganado. Por otro lado, los niños que actúan como guías o venden *souvenirs* y bebidas, las mujeres y niños mutilados por la explosión de las minas, o la población que vive entre los templos ven en Angkor más que un sitio sagrado, un lugar al que concurren turistas que pueden ayudarlos a sobrevivir. El uso sagrado de los templos de Angkor podría hacer pensar en una continuidad entre sus años de apogeo y el presente. Sin embargo, esto oculta un hecho singular como es el florecimiento del budismo en los últimos años en relación a la restauración de la monarquía de Norodom Sihanouk que se define como un régimen religioso. La obra de Bender con respecto a Stonehenge y los conflictos de Ayodhya muestran que las ruinas están vivas y nos son contemporáneas, pero también muestran que siempre lo estuvieron y que en realidad, pueden ser estudiadas en relación a más de un contexto cultural (cf. Michell 1982 para distintas maneras de representar a los megalitos).

Para concluir, este libro constituye un excelente monumento para la historia de la antropología y la arqueología británicas. Los documentos, los diálogos, las ideas que Barbara Bender presenta, dan testimonio de las pretensiones y de las creencias de una comunidad académica que, todavía hoy, oscila entre la

opulencia y las consecuencias –y el recuerdo– de los años de Margaret Thatcher.

Agradecimientos

Agradezco a Lewis Pyenson haberme señalado este libro y a Tamara Teneishvili, su hospitalidad.

KUKLICK, H. y KOHLER, R.F. (eds.) (1996): "Introduction. Science in the field". *Osiris*, 11: 1-16.

MICHELL, J. (1982): *Megalithomania. Artist, antiquarians and archaeologists at the old stone monuments*. Cornell University Press. Ithaca.

MIOTTI, L. y PODGORNY, I. (1995): "Una flecha en mi sopa. La convivencia con los restos arqueológicos en la Región del Deseado, Santa Cruz, Argentina". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 16: 343-356. Buenos Aires.

VESSURI, H. (1999): "Los viajes de G. G. Simpson a Sudamérica: visión científica y experiencia subjetiva". *Redes*, 14, 7: 13-49. Universidad Nacional de Quilmes.

Irina Podgorny

Conicet/ Depto. de Arqueología del Museo de La Plata. Paseo del Bosque s/n. 1900 La Plata. Argentina.

Correo electrónico: podgorny@criba.edu.ar

J. CARMAN y A.F. HARDING (eds.): *Ancient Warfare. Archaeological perspectives*. Stroud Sutton Publishing. Wiltshire, 1999, 279 pp., 68 figs. ISBN: 0-750-91795-4

Apenas existen en la literatura arqueológica escrita en castellano estudios sobre la guerra o la violencia en la Prehistoria y aunque en las publicaciones se encuentren alusiones, pocos trabajos están enfocados de alguna manera a este tema (Monks, 1997, 1999). Este escaso interés, que también existía en lo escrito en otros países, parece estar obviándose en los últimos años. La reciente atención hacia la guerra y las manifestaciones de violencia ha dado lugar a libros como el de Lawrence H. Keeley (1996), los editados por John Carman (1997) y por este autor y Anthony Harding, que será objeto de esta reseña, o el recientemente escrito por J. Guilaine y J. Zammit (2001). Me parece importante señalar que esta aparentemente repentina inclinación hacia el tema se podría conectar con los últimos acontecimientos políticos en concreto en Europa (me refiero a la guerra de Yugoslavia o al conflicto kosovar) (p. 175).

Como señalan los editores de *Ancient Warfare*, mediante el estudio de la guerra en la Prehistoria se intenta entender, hoy en día, cómo y por qué aparece el conflicto, y cómo afecta la guerra al desarrollo de las sociedades en cuestión. En la introducción se plan-

tean una serie de cuestiones que los editores piden responder a los autores de los capítulos: ¿qué podemos aprender los arqueólogos del estudio de la guerra en contextos etnográficos y situaciones históricas?, ¿por qué las sociedades inician guerras?, ¿qué ventajas les proporcionan y que riesgos implican?, ¿qué evidencias arqueológicas nos hablan sobre la guerra en el pasado, antes de (o sin) la escritura?... ¿de qué manera influyó la guerra en el desarrollo de Europa?... ¿puede la arqueología contribuir al estudio de la guerra? (p. 1, mi traducción).

Para ello a lo largo del libro se discuten evidencias arqueológicas de violencia que van desde el Paleolítico hasta el siglo V d.C. Esta amplitud cronológica no se sigue en un plano geográfico, puesto que la mayor parte de los artículos se refieren a la Prehistoria europea, a excepción de los de Don Brothwell, que adopta una perspectiva más global; Jonathan Haas, que analiza el origen de la guerra y de la violencia étnica en el sudoeste de Estados Unidos y John Carman, que presta atención a las batallas más antiguas en Europa, Norte de África y Asia.

Los editores resaltan ya desde un principio la ambigüedad del término 'guerra', y explican que los intentos para definirla realizados desde la antropología se basan en una visión occidental y contemporánea (p. 5). Tal consideración ha llevado a determinados autores a entender la guerra en la Prehistoria como algo anormal, una patología de la sociedad (Carneiro, 1994: 4) y al desarrollo de una visión pacífica de las sociedades prehistóricas (Vencl, 1984: 117), imagen que han rechazado algunos investigadores, en especial Keeley (1996: 175-176) quien defiende que la guerra prehistórica es tan efectiva y mortífera como la actual, pero realizada con muy pocos medios. En todo caso en el volumen que comentamos se proponen tres elementos como evidencia de confrontación: restos óseos humanos con trazas de violencia, armas y equipamiento necesario para la guerra y estructuras defensivas. Muchos de los trabajos tratan de estos temas a lo largo de diversas épocas y en mi explicación intentaré en lo posible ordenar mi discusión siguiendo los criterios expuestos y, en cada uno de ellos, el orden cronológico de aparición de nuevos elementos.

Comenzando con el tema de la violencia, la especie humana ha probado su potencial agresividad desde el Paleolítico, como los cráneos fracturados de *Australopithecus* y *Pitecantropus* (p. 58), de *Homo erectus* (Zhoukoudian, China) o el cráneo neandertal de Shanidar I (p. 31). Dolukhanov (p. 77) sugiere que estas evidencias de violencia se mantienen hasta el Musteriense, momento en el que la relativamente baja densidad de población combinada con la abundancia y diversidad de recursos hizo que los grupos paleolíticos encontraran estrategias pacíficas de coexistencia. Sin embargo, todos los autores coinciden en que las evidencias son insuficientes para indicar, concluyentemente, la existencia de guerra en esta época. Estos conflictos habrían de relacionarse con formas de violencia generadas por las disputas por el acceso a

los alimentos, a las parejas o por la defensa del territorio. En relación con esto, Don Brothwell analiza las distintas formas de agresión humana y sus aspectos psicológicos, patológicos, demográficos y sociales.

Durante el Mesolítico las agresiones se hacen más patentes gracias a la conservación de proyectiles de piedra y hueso dentro de esqueletos humanos (pp. 59-60), y es el cementerio mesolítico de Vassil'evka 3 (datado en el 10 000 BP) el que presenta las más tempranas evidencias (p. 79). Por su parte, en su estudio sobre los Balcanes, John Chapman indica que las comunidades mesolíticas estaban potencialmente bien armadas mediante puntas de flecha de hueso y mazas de piedra, hueso o asta (p. 114). Vencl (pp. 59-60) propone que la violencia durante este periodo debe valorarse como un signo de conflictos intragrupal derivados del éxito de un nuevo patrón de conducta social y no como el reflejo de una serie de luchas de competitividad ocasionales como había pasado en el periodo anterior. La degradación medioambiental y el estrés demográfico que provocan la rivalidad por los recursos y la necesidad de mantener la integridad de un territorio que proporciona a las poblaciones su forma de subsistencia se consideran, por tanto, las principales causas de conflicto.

En el Neolítico la cantidad de señales de violencia en los restos óseos se multiplica, los tipos de heridas son los mismos que para el Mesolítico, es decir, puntas de flecha incrustadas en huesos y fracturas craneales, pero aparecen los primeros enterramientos que atestiguan masacres extensivas (Talheim, Alemania) (p. 61). Ya en el Calcolítico Chapman señala cuatro nuevos desarrollos característicos de la guerra: la producción de las primeras armas de metal, la difusión de las mismas, su imitación en materiales de baja calidad y su inclusión en el ritual de enterramiento.

Las armas son el segundo criterio para inferir la existencia de guerra y violencia en la Prehistoria. Aunque éstas son un elemento principal desde la Edad del Bronce, su estudio se hace posible ya en momentos anteriores, como así lo muestran las referencias a las mismas hechas por John Chapman, que propone una muy útil evolución de las mismas desde el Mesolítico y por Roger J. Mercer, que dedica su estudio a los arcos y flechas del Neolítico británico. Pero el nuevo armamento que aparece durante la Edad del Bronce indica una rápida evolución de las armas durante esta época, como muestra el estudio de Anthony Harding. Para Kristiansen (p. 177) la demanda de nuevas habilidades y técnicas militares que requieren un elevado coste económico y social, es lo que motiva la aparición de las aristocracias guerreras y la formación de una nueva élite en Europa. A mi parecer, ésta utilizaría la guerra como forma de mantener y justificar su estatus. Los cambios que se producen en esa nueva clase social y cómo evoluciona a lo largo de la Edad del Hierro son analizados por Klaus Randsborg.

La aparición de los primeros asentamientos defendidos durante el Neolítico de Anatolia y el Egeo es el principal foco de atención de Dimitra Kokkinidou y Marianna Nikolaidou. La localización de estos re-

cintos cercados (*enclosures*) típicos a lo largo de Europa central y occidental lleva a Vencl a plantearse las distintas funcionalidades que pudieron tener: desde asentamientos fortificados, refugios, santuarios, mercados, lugares de encuentro, símbolos de estatus o recintos para el ganado (p. 69). Por su parte Chapman arguye que las principales objeciones a la consideración de los *enclosures* del Neolítico y de la Edad del Bronce y de las fortificaciones de la Edad del Hierro como estructuras de defensa son lo que él denomina principios simbólicos: el de identidad y el estatus. Ambos tipos de estructuras definirían el lugar del grupo más que su defensa; por otra parte, su magnitud, innecesariamente grande, en algunos asentamientos llevaría a pensar que su función principal no era la defensa sino el incremento o la demostración del prestigio individual o de grupo (p. 107).

Dos de los capítulos del libro tratan de temas que no se pueden fácilmente clasificar dentro del esquema propuesto. Estos son los de Hanson y de Shepherd. El primer autor estudia el caso de las luchas entre las ciudades-estado griegas prestando especial atención a la infantería hoplita, para lo que se basa en referencias históricas proporcionadas por la literatura clásica. Deborah Shepherd analiza la guerra en la sociedad anglosajona del siglo V d.C. y para ello introduce un elemento escasamente tratado de forma explícita en el libro, el estudio del género y del papel de las mujeres y el estudio de las damas guerreras (*maiden warriors*) que aparecen en las leyendas anglosajonas. La autora apunta a la posibilidad de “hombres feminizados” en casos de enterramientos sexualmente ambiguos asociados con armas (¡aunque habría que preguntarse por qué no considera la posibilidad de “mujeres masculinizadas”!).

El libro presenta un amplio panorama de los estudios actuales sobre la guerra desde una perspectiva arqueológica y representa un excelente medio de conocer cuál es el estado de la cuestión y abrir nuevas perspectivas en la interpretación del registro arqueológico. La trascendencia del tema me hace sugerir que éste debería incluirse con mayor solidez en la investigación de nuestro país. Estudios del calibre de la impresionante sepultura colectiva de San Juan *ante Portam Latinam* (Laguardia, Álava) (Vegas *et alii*, 1999), además de gran cantidad de otros tipos de evidencias (depósitos, substanciales murallas, aparición de nuevas tipologías, etc.) parecen indicar la necesidad de una reflexión de este tipo en la prehistoria española.

CARMAN, J. (ed.) (1997): *Material harm: archaeological studies of war and violence*. Cruithne Press. Glasgow.

CARNEIRO, R.L. (1994): “War and peace: alternating realities in human history”. En S.P. Reyna y R.E. Downs (eds.): *Studying War: anthropological perspectives*. Gordon and Breach. Amsterdam: 3-28.

GUILAINE, J. y ZAMMIT, J. (2001): *Le sentier de la guerre. Visages de la violence préhistorique*. Ed. du Seuil. París.

KEELEY, L.H. (1996): *Warfare before civilization: the myth of the peaceful savage*. Oxford University Press. New York.

MONKS, S.J. (1997): “Conflict and competition in Spanish prehistory: the role of warfare in societal development from the late fourth to third millennium BC”. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 10 (1): 3-32

– (1999): “Patterns of warfare and settlement in southeast Spain”. *Journal of Iberian Archaeology*, 1: 127-171.

VEGAS, J.I.; ARMENDARIZ, A.; ETXEBERRIA, F.; FERNANDEZ, M^a S.; HERRASTI, L. y ZUMALABE, F. (1999): “La sepultura colectiva de San Juan *ante Portam Latinam* (Laguardia, Álava)”. *Saguntum-Plav*, extra 2 (II Congrès del Neolitic a la Peninsula Ibèrica): 439-445.

Margarita Sánchez Romero

Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja s/n. 18071 Granada.

Correo electrónico: marsanch@ugr.es

SERGIO RIPOLL LÓPEZ y LUCIANO JOSÉ MUNICIO GONZÁLEZ (dirs.): *Domingo García. Arte Rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 8, Junta de Castilla y León-Universidad Nacional de Educación a Distancia, Salamanca, 1999, 278 pp., 306 figs. y 31 cuadros, ISBN 84-7846-894-3.

Con la presentación institucional de Juan José Lucas, Presidente de la Junta de Castilla y León, la dedicatoria al amigo ausente, Fernando Piñón Varela, y la inestimable colaboración de Jesús F. Jordá Pardo, Carlos Martín Escorza, Rosa García Perea, Julio Gisbert de la Puente, Óscar Fernández Cubero, Carmen Cacho Quesada, Paul G. Bahn y Francisco J. Muñoz Ibáñez, los directores Sergio Ripoll López y Luciano José Muncio González nos ofrecen el estudio definitivo de uno de los yacimientos de Arte Rupestre Paleolítico más importante de los descubiertos en el último tercio del siglo XX.

El conjunto de arte rupestre paleolítico al aire libre de Domingo García fue localizado por los autores de esta monografía en mayo de 1992. En noviembre de ese mismo año, aprovechando la celebración del primer *Congrés Internacional de Gravats Ruprestres i Murals*, que el Servei d'Arqueologia del Institut d'Estudis Ilerdencs organizó en Lérida como homenaje al entrañable investigador Lluís Díez-Coronel, Ripoll López y Muncio González dieron a conocer las veinte representaciones de estilo paleolítico hasta entonces detectadas, ante el interés y el asombro de los asistentes. Y en los meses siguientes la prensa nacional (*El País* y *ABC*, entre otros) y la castellano-leonesa (*El Norte de Castilla*, por ejemplo) se hicie-

ron eco del descubrimiento y de la importancia que semejante hallazgo suponía para la ciencia prehistórica hispana.

Con semejantes antecedentes se comprenderá que se esperase con impaciencia esta obra que ahora publica la Junta de Castilla y León, en colaboración con la UNED, en su serie Memorias de Arqueología en Castilla y León. Aunque el libro cumple con creces las expectativas en él depositadas, es posible que el formato de edición no sea el más adecuado para una monografía de estas características, que requiere la publicación de un número importante de ilustraciones y el uso de encartes y color en las mismas; mas el resultado es digno, elegante y de gran claridad expositiva, facilitada esta última por la doble columna en el texto, las ilustraciones al pie y la calidad de éstas, muy en la línea de la excelente doctrina teórica a la que acompañan.

El libro se abre con la breve *Presentación* del Presidente de la comunidad castellano-leonesa quien, tras recordar la publicación de una monografía anterior dedicada a la Cueva de La Griega, también en Segovia, alude a la excepcionalidad del conjunto al aire libre de Domingo García, a la ardua labor de campo llevada a cabo por los autores y al desarrollo de una metodología novedosa en todo el proceso investigador. El recuerdo de Siega Verde y Foz Côa y su relación con el conjunto segoviano, es otra de las notas determinantes de una presentación que nos parece ajustada y digna del gran estudio que anuncia.

En la *Introducción* que sigue, a la labor de los autores se une el autorizado juicio de Paul G. Bahn, quien se congratula de su participación en este trabajo —a él se debe también el extenso resumen en inglés, con las principales consideraciones tanto técnicas como cronostilísticas, que pone fin a la obra— por tratarse de la primera monografía que analiza en profundidad el fenómeno del grabado paleolítico al aire libre, al que considera como el más importante avance en el estudio de la iconografía paleolítica desde que se produjo la autentificación del arte rupestre. Bahn dice de los autores que han presentado correctamente la “era post-estilística” sin olvidarse del estilo y anuncia que *es de suponer y esperar que otros muchos casos de figuras paleolíticas se encuentren sobre rocas al aire libre, pues sin duda debió ser el más típico y ubicuo de las manifestaciones artísticas de la Edad del Hielo*. Y, en tal sentido, el caballo piqueteado de Domingo García, el équido completo y los dos cuadrúpedos fragmentados de Mazouco, las figuras más pequeñas y de trazo fino no piqueteadas de Fornols-Haut, el équido piqueteado de Piedras Blancas, el extenso grupo piqueteado e inciso de Siega Verde, el propio conjunto del macizo de Santa María la Real de Nieva aquí analizado y el elenco de figuras de Foz Côa —hallazgos todos comprendidos entre 1970 y 1994— se nos presentan como hitos inevitables en una realidad que, como señalara P.G. Bahn, ha terminado por imponerse avanzando un esperanzador futuro con una nueva interpretación y valoración del Paleolítico en la Europa Occidental.

Tan interesante introducción no olvida presentarnos el proceso de elaboración de la obra y su propia configuración y así los propios autores nos dividen su trabajo en tres grandes apartados: un primero, que analiza las distintas disciplinas auxiliares del estudio y que da cuenta de la Historia de la Investigación, de la Geomorfología de la comarca, de los Factores Geológicos inherentes a los grabados, de la Fauna del Paleolítico Superior Ibérico como marcador medioambiental y del análisis de los líquenes sobre roca en el conjunto de Domingo García. Un segundo, que trata de la Metodología empleada y de un cumplido inventario de los distintos núcleos artísticos (El Cerro de San Isidro, Las Canteras, Ortigosa de Pestaño, Valdebernardo-Cañamares, Río Eresma y La Dehesa de Carbonero). Y, finalmente, un tercero que abarca un preciso capítulo de Conclusiones y Síntesis Iconográfica, el estudio del Poblamiento de la Meseta durante el Paleolítico Superior, la Zooarqueología del periglaciario en la Península Ibérica, el conjunto de Domingo García en el contexto del Arte Paleolítico de la Meseta Española, un Epílogo, absolutamente gratificante por cuanto tiene de valoración de la obra por sus propios autores y de las expectativas futuras de éstos sobre el conjunto investigado, una abundante bibliografía que, aún no teniendo a juicio de los autores la ambición de ser exhaustiva ni completa, reúne 273 títulos empleados en la elaboración y redacción del texto final y, por último, el ya mencionado resumen en inglés.

Pese a quedar, con lo que antecede, perfectamente extractada la obra se nos ha de permitir, dada la riqueza documental y teórica de la misma, que retomemos, si quiera brevemente, cada uno de los apartados citados y así poder añadir al lector aun mayores argumentos para la celebración del nacimiento de tan magnífico trabajo y de su trascendental aportación a la grafía paleolítica.

Tras el recuerdo de los trabajos de F. Gonzalo Quintanilla, R. Lucas Pellicer, E. Martín, A. Moure y E. Ripoll Perelló, tanto en torno al gran caballo piqueteado y de estilo naturalista como al amplio conjunto de grabados durante tanto tiempo atribuibles al arte esquemático, y, de manera especial, tras la llamada de atención sobre la valoración tradicional de las representaciones rupestres paleolíticas al aire libre, se da cuenta de la historia del descubrimiento de éstas en Domingo García y como al azar —aquella noticia inicial de la alcaldesa D^a Araceli Miguel sobre la existencia de un nuevo équido, que luego resultaría de reciente realización— vino pronto a unirse una intensa labor de prospección, que localizaría uno de los más importantes conjuntos de representaciones paleolíticas al aire libre tanto por su interés como por la extensión que venía a ocupar: un amplio espacio de 12 Km de longitud y 1.5 Km de anchura, es decir: buena parte de la zona conocida como comarca de Sta. María la Real de Nieva.

Precisamente, la comarca de Sta. María la Real de Nieva es analizada por J.F. Jordá Pardo, desde un punto de vista geomorfológico, los conjuntos rupestres es-

tudiados se localizan sobre las rocas metamórficas precámbricas y paleozoicas –sobre las formas que configuran la unidad geomorfológica denominada *superficie inferior exhumada*–, destacando las manifestaciones artísticas desarrolladas en las laderas del relieve residual tipo *inselberg* de Cuesta Grande, en cuya ladera S se encuentra el conjunto rupestre del Cerro de San Isidro.

Los factores geológicos en los grabados rupestres de Domingo García, analizados por C. Martín Escorza en el tercer apartado de la obra, vienen a determinar que éstos se hicieron por incisión (con un buril o lasca de sílex o cuarzo) y piqueteado de superficies planas y orientación preferencial S, aunque también son frecuentes los orientados hacia el O; se encuentran sobre fracturas casi verticales, con planos en su mayoría orientados al NE-SO, y se concluye que los grabados de trazo fino son contemporáneos del período de fuertes vientos (edad aún por determinar), que dieron origen a que en los planos de fractura entonces expuestas se desarrollara una fina película de barniz silíceo, frágil, pero resistente a la erosión, factor éste esencial para favorecer no sólo la ejecución de los grabados sino también su conservación.

Dicen los autores, y dicen bien, que el arte paleolítico es la documentación sobre los mamíferos más antigua realizada por el hombre, y desde esta perspectiva R. García Perea y J. Gisbert de la Puente, autores del capítulo cuarto titulado *La fauna del Paleolítico Superior ibérico como marcador medioambiental*, se preguntan por la información que dicha documentación ofrece a la Zoología. En un estudio dentro del estudio, ellos mismos se contestan analizando la fauna representada en los yacimientos paleolíticos de la Península Ibérica, en general, y en Domingo García en particular. Concretan la presencia, en las cordilleras Pirenaica y Cantábrica, de elementos “eurosiberianos”, propios de climas fríos rigurosos y de preferencia esteparia, como el mamut, el reno, el bisonte, el glotón y el linco, especies a las que se unen las propias europeas de climas menos rigurosos como el íbice alpino, el jabalí y el caballo. En esta zona y en el resto de la Península Ibérica aparecen, además, especies endémicas y de Europa meridional, propias de climas más cálidos y de biótopos mediterráneos con bosques y afloramientos rocosos: cabra montés, rebeco, uro, caballo y conejo, a los que habría que añadir el ciervo, especie Holártica de bosques templados. Por lo demás, el hecho de que no aparezcan las especies de zonas frías en los yacimientos incluidos en la actual región mediterránea les hace sugerir que ya en el Paleolítico existían dos zonas de clima diferenciado que se reflejaban en diferentes asociaciones faunísticas y que vendrían a coincidir a grandes rasgos con la actual distribución de las regiones Eurosiberiana (área cántabro-pirenaica, Galicia y norte de Portugal) y Mediterránea (resto de la Península). En Domingo García, por su parte, estarían representadas gran parte de las especies mencionadas: équidos, bóvidos, cápridos y cérvidos, claramente asociados a especies cuya identificación zoológica no plantea ninguna duda

y cuya existencia pleistocena está perfectamente documentada, solventando así una de las primeras discusiones surgidas en torno a la autenticidad del conjunto paleolítico al aire libre de Domingo García.

Como ocurriera en el capítulo cuarto, también en el quinto surge un estudio dentro del propio estudio; si antes fue la fauna paleolítica la analizada, ahora es la acción de líquenes sobre las rocas grabadas y la posibilidad de obtener una datación mínima de éstos mediante el uso de técnicas liquenométricas. Lamentablemente éstas no aportaron, según O. Fernández Cubero, ninguna conclusión cronológica válida en Domingo García, dada la variedad de especies líquénicas existentes y la falta de especies mayoritarias con un crecimiento suficientemente lento o con talos lo suficientemente grandes sobre los grabados como para ser analizados. No obstante, y esto avala aún más el trabajo aquí recensionado, se intentó aplicar el método y, lo que es más importante, se tuvo en cuenta la acción de estos microorganismos en la ejecución, desarrollo y conservación de los grabados al aire libre de la zona.

Con la presentación y explicación detallada de la *Metodología* empleada, capítulo sexto, comienza la segunda parte. Recopilación bibliográfica, diseño de la prospección a llevar a cabo, limpieza de los soportes grabados, examen exhaustivo de las superficies artísticas, documentación completa de las mismas mediante una rigurosa ficha de catalogación, levantamiento de alzados y perfiles de todas y cada una de las rocas grabadas, sondeos arqueológicos, reproducción gráfica de las manifestaciones artísticas –ora mediante calcos directos facilitados por la dureza del soporte, ora mediante calcos sobre moldes de silicona dental y mediante fotografías–, descripción de éstas, proceso informático de las superficies de las rocas con el propósito, muy útil y muy didáctico, de mostrar en un esquema su composición y la distribución de sus figuras grabadas y tratamiento estadístico de todos los datos obtenidos constituyen las diferentes fases y etapas llevadas a cabo en una investigación modélica que, inevitablemente, conducirá a sus autores a tan espléndido trabajo.

El *Inventario de los distintos núcleos artísticos* ocupa, como es preceptivo en este tipo de estudios, el grueso de la obra, en una cuidada y clara exposición descriptiva. A lo largo de 137 páginas –en las que se reproducen 230 figuras a la línea entre mapas de distribución, topografías de las diferentes áreas donde se ubican los núcleos artísticos, fotografías directas de las rocas grabadas y de sus motivos, calcos de éstos y esquemas y secciones de las rocas soportes así como 7 cuadros, uno por cada núcleo, en los que se sintetiza las representaciones animalísticas e indeterminadas en ellos identificadas– se pasa revista, en útil catálogo, a todos y cada uno de los 7 núcleos artísticos, de las 41 rocas grabadas y de sus 115 motivos, tanto cuando se trata de las 86 figuras identificables como équidos, cérvidos, bóvidos y caprinos como cuando se refiere a las 29 indeterminadas –aquellas figuras, en su mayoría incompletas, que no muestran

ningún rasgo anatómico determinante a nivel taxonómico, sin olvidar los conjuntos de trazos. Y todo ello siguiendo siempre una organización precisa que les permite acercarse a la zona tratada y elaborar un inventario analítico que partiendo de la roca les conduce al panel grabado y de éste a cada una de sus figuras.

Con el capítulo octavo, dedicado a *Conclusiones y Síntesis Iconográfica*, se inicia la tercera y última parte de la obra que nos permitirá acercarnos a la descripción artística de cada núcleo; al análisis de los elementos compositivos de las figuras –de manera especial a través de las 8 tablas comparativas de las distintas especies representadas–; a las técnicas –trazo simple, estriado, discontinuo, múltiple, piqueteado y raspado–, modelados, perspectivas –perfil absoluto, perspectiva biangular recta, perspectiva biangular oblicua y perspectiva uniangular–, estilos y superposiciones empleados; a las convenciones morfométricas usadas en las representaciones –terminación del morro, crineras de los équidos, configuración de la parte superior de la cabeza de cérvidos, caprinos, équidos y bóvidos, de las líneas cérvico-dorsales en todos ellos y de las formas de las patas–; a las figuras representadas y a las que están ausentes –como mamuts, bisontes, oso de las cavernas, rinocerontes lanudos o renos, que anotara Bednarik con argumentación tan peregrina que ante su falta los conjuntos rupestres al aire libre no pueden adscribirse al arte paleolítico–; y, por supuesto, a la problemática de la datación. Para los autores, en el conjunto paleolítico al aire libre de Sta. María la Real de Nieva, se destacan dos horizontes culturales: uno más antiguo, atribuible al Solutrense, y otro algo más reciente, al Magdalenense, sin olvidar otra amplísima serie iconográfica piqueteada de cronología reciente que habrá de merecer estudio monográfico aparte. Y todo ello con dos premisas serias y, por ahora, evidentes: a) Domingo García, Siega Verde y Foz Côa permiten pensar en la existencia de una unidad cultural en la cuenca del Duero a finales del Pleistoceno que puede ser reflejo de su poblamiento, como una posible vía de comunicación desde la costa atlántica hacia el interior de la Meseta; y b) la existencia de tan importantes conjuntos de arte rupestre Paleolítico al aire libre demuestra que una gran parte del arte cuaternario se produciría en este medio y no exclusivamente en cuevas como se venía creyendo.

Ripoll López y Municio González, conscientes de la necesidad de una adscripción cronológica más precisa para Domingo García y de que ésta puede llegar con un mejor conocimiento del poblamiento de la Meseta durante el Paleolítico Superior, se adentran, en el capítulo noveno, en su estudio. Tras valorar los escasos vestigios de ocupación conocidos y, de manera especial, las aportaciones que se han producido en los últimos años (Cueva de la Uña, El Espertín, Cueva del Níspero, Palomar de Mucientes, Dehesa del Tejado de Bejar, Estebanvela y sus piezas de arte mueble, la placa decorada de Villalba, el posible glotón del Jarama II, Jarama I, Peña Capón y los abrigos de Buendía y del Alto valle del Segura) que, aunque

importantes, aportan limitadísimos datos paleoambientales, paleoeconómicos o radiocarbónicos, consideran, en relación con la estación de Domingo García, que grupos de cazadores recolectores ocuparon las llanuras del río Eresma durante el Pleniglaciario y el Tardiglaciario y grabaron sus afloramientos de esquistos, sin que puedan aportar, por el momento, ninguna otra consideración tendente al conocimiento de sus modos de vida.

El capítulo décimo, *Zoarqueología del periglaciario en la Península Ibérica*, les da pie a los autores para rebatir una vez más, y con contundencia, los argumentos esgrimidos por R. Bednarik quien, basándose en la ausencia de representaciones de fauna fría, niega la cronología paleolítica del arte rupestre al aire libre de la Península Ibérica (Foz Côa, Siega Verde, Domingo García).

También muy reivindicativo, y sumamente interesante, nos parece el capítulo once, *El conjunto de Domingo García en el contexto del Arte Paleolítico de la Meseta Española*, que pone en evidencia expresiones como aquella que alude al grupo marginal del interior peninsular por nosotros mismos realizada y apuesta por el término *provincia* para denominar esta zona, avalada por su gran originalidad, tanto en cuanto a su localización al aire libre –que ya no es una excepción– como al predominio de técnicas de piqueteado y abrasión. La aproximación al estado actual de la investigación que los autores hacen del arte paleolítico de la Meseta les permite citar, como rasgos comunes a todas las estaciones artísticas consideradas, el predominio del grabado sobre la pintura, de caballos, bóvidos y cérvidos como las especies animales más representadas, la homogeneidad de los conjuntos de grabados al aire libre (auténtico horizonte común, como ya se ha señalado) y la falta absoluta de referencias arqueológicas. A falta de éstas últimas, el encuadre cronológico y la atribución cultural (transición entre los Estilos III y IV de Leroi-Gourhan) debe seguir haciéndose por medio de criterios exclusivamente estilísticos.

Decíamos más arriba que la obra recensionada concluía con un gratificante *epílogo*, en el que los autores, amén de valorar su obra como un conjunto de aproximaciones, plantean todo un proceso de actuaciones que, de llevarse a cabo, generaran el avance de aquellas y el surgimiento de otras, inicio evidente de nuevas vías de interpretación del arte rupestre paleolítico. Resulta encomiable que al concluir tan rigurosa y exhaustiva obra los autores piensen ya en como mejorarla, sugiriendo una reconstrucción de la cubierta vegetal existente en la zona durante el periodo en que se realizaron las incisiones rupestres, una limpieza sistemática de las superficies rocosas actualmente cubiertas por líquenes y musgos, una metodología más perfeccionada en la elaboración de moldes y réplicas, el estudio traceológico de los fondos de grabados, la inserción del arte en su contexto arqueológico con la ayuda de la geoarqueología, las prospecciones geofísicas, los sondeos eléctricos, etc., y, en fin, la aplicación sistemática de dataciones metodológicamente

T. P., 58, n.º 1, 2001

complejas. Mas, por encima de todo, el epílogo nos resulta esperanzador e ilusionante al hacernos partícipe de afirmaciones relativas a la mayor representatividad de los conjuntos de arte rupestre paleolítico al aire libre y de supuestos futuribles que hablarían de un arte Pleistoceno localizado fundamentalmente fuera de las cuevas, que esperan la aplicación de metodologías como las en este libro empleadas para salir a la luz.

La Universidad Nacional de Educación a Distancia y la Junta de Castilla y León deben sentirse orgullosas de haber apoyado la elaboración de esta investigación y de su posterior publicación y deberían tener muy presente la intención de sus investigadores, tan claramente expuesta en el epílogo mencionado, e iniciar con ellos una segunda fase en el estudio y aún mejor comprensión de las manifestaciones artísticas del macizo de Santa María la Real de Nieva. Y es que la investigación llevada a cabo es tan grandiosa, la aportación a la Ciencia Prehistórica tan importante y el compromiso de los autores tan ejemplar que no hay razón para que las instituciones citadas, y cualesquiera que puedan añadirse, no pongan a disposición de tan excelente equipo los medios precisos para completar un trabajo que ya de por sí nos parece culminante. Al menos que nunca pueda decirse que la falta de medios impidió el desarrollo de una investigación tan brillantemente iniciada.

GARCÍA-ALBI, I.: "Nuevos descubrimientos de arte prehistórico obligan a replantearse las teorías sobre el Paleolítico". *El País*, miércoles 3 de agosto de 1994.

MARTÍN, A.: "Aparecen en Segovia un centenar de nuevas pinturas (sic) rupestres del Paleolítico". *El País*, jueves 12 de agosto de 1993.

M.M.G.: "El municipio de Domingo García alberga restos del Paleolítico Superior. Los grabados prehistóricos de Segovia compiten con los de Altamira". *El Norte de Castilla*, lunes 4 de abril de 1994.

RIPOLL LÓPEZ, S. y MUNICIO GONZÁLEZ, L.J. (1992): "Las representaciones de estilo paleolítico en el conjunto de Domingo García (Segovia)". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, V: 107-138. Presentado al *Ir Congrés Internacional de Gravats Rupestres i Murals. Homenatge a Lluís Díez-Coronel* (Lleida, 23 al 27 de noviembre de 1992), Servei d'Arqueologia. Institut d'Estudis Ilerdencs, en prensa.

VELASCO, M.: "Alarma por las constantes agresiones a unos grabados rupestres paleolíticos en Segovia". *ABC. Castilla y León*, sábado 4 septiembre de 1993.

Juan A. Gómez-Barrera

Instituto de Educación Secundaria "Castilla". Alonso de Velázquez s/n. 42004 Soria.

VITOR S. GONÇALVES: *Reguengos de Monsaraz: territórios Megalíticos*. Câmara Municipal de Reguengos de Monsaraz. Lisboa, 1999, 151 pp. ils. ISBN: 972-95635-3-5.

En el momento presente, en el que se está imponiendo un 'turismo rural', que participa de la explotación de los principales recursos arqueológicos de cada área, surge esta 'Guía' de *Reguengos de Monsaraz* que, como el propio autor indica en una especie de prólogo, está destinada a un público no especializado.

La obra está escrita en portugués pero su comprensión no ofrece gran dificultad para los lectores que no hablen dicho idioma por la estructuración sencilla y la claridad de exposición de ideas y de lenguaje. El libro consta de siete capítulos y una introducción historiográfica al área, donde se presentan las diversas hipótesis de lectura del 'mundo megalítico' y de su significado en *Reguengos*, complementándose todo ello con multitud de fotos del propio autor, plantas y alzados.

El autor demuestra un gran interés por la definición de los conceptos relativos a la arquitectura megalítica, tales como *anta*, *tholos*, 'grutas naturales' y 'grutas artificiales', lo que ayuda a establecer, en el primer capítulo, las diferencias entre los distintos tipos de monumentos funerarios y su comprensión. Esta secuencia de definiciones vuelve a ser utilizada, en el capítulo sexto, cuando el autor se ocupa de conceptos complejos, como 'Calcolitización', 'Neolítico', o 'revolución de productos secundarios'.

En el segundo capítulo se da una posible explicación general al fenómeno del Megalitismo a partir de la existencia de redes comerciales que parece desprenderse de ciertos elementos del registro arqueológico, como elementos votivos, el propio tipo constructivo, o la utilización de ocre rojo en rituales. El tema de la estructuración social y territorial de las comunidades megalíticas, cristalizada en el territorio gracias a las estelas y a las estelas-menhir, se desarrolla en el capítulo siguiente, respondiendo a la necesidad del conocimiento del tipo de comunidades que construyeron o utilizaron este tipo de monumentos. En los capítulos cuarto y quinto, el autor describe la cultura material, ya sea de los elementos arquitectónicos o de los ajuares de *Reguengos de Monsaraz*. Establece una serie de fases gracias al análisis de la cultura material e interpreta los elementos decorativos como figuraciones de dioses/as, apuntando una finalidad religiosa. El volumen se cierra con la bibliografía, dividida en fases: clásica, 1887-1950; moderna, 1951-1987; y nuevas perspectivas, 1988-1999.

En suma se puede afirmar que la obra será una excelente 'Guía' para grupos de personas que desconocieran el tema del Megalitismo en profundidad, por la calidad de las ilustraciones. Un aspecto criticable al excelente material fotográfico es la falta de escalas o elementos de referencia que ayuden al público no especialista a hacerse una idea de las dimensiones de la cultura material. Se echa en falta, al tratarse de una "Guía" cuyo principal objetivo es el conocimiento

de la zona, planos que indiquen la localización exacta de los monumentos o cómo poder acceder a los mismos. Del mismo modo, la obra adquiriría mayor consistencia científica, sin menoscabar su carácter divulgativo, mediante la presencia de citas en el texto. Su ausencia es quizás la causa de que en la bibliografía haya libros que no se mencionan en los capítulos. En la "fase clásica" (1887 – 1950), sólo aparecen 3 obras, en portugués y escritas por autores portugueses, mientras en la "fase moderna" (1951-1987) se recogen 11 obras, entre las que se incluye una obra en alemán –si bien hay dos obras de los Leisner–. Por último en la "fase de las nuevas perspectivas" (1988-1999), aparecen 23 obras todas ellas en portugués, excepto una escrita por V. S.Gonçalves (en inglés), y otra escrita por una especialista alemana, Ph. Kalb. En ningún momento cita otros autores que no escriban en portugués, aunque éstos aporten perspectivas generales. Es especialmente notable la ausencia de bibliografía española, que por su proximidad y por el significado similar en la interpretación de los monumentos y de la cultura material, debería ser recogida y tomada en consideración.

Jose Miguel Pulido Plata

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

SALVADOR ROVIRA LLORENS, IGNACIO MONTERO RUIZ y SUSANA CONSUEGRA RODRÍGUEZ: *Las Primeras Etapas Metalúrgicas en la Península Ibérica. I. Análisis de Materiales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid, 1997, 424 pp. ISBN: 84-922562-9-X.

GERMÁN DELIBES DE CASTRO e IGNACIO MONTERO RUIZ (coord.): *Las Primeras Etapas Metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios Regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid, 1999, 357 pp. ISBN: 84-95048-22-1¹.

Las evidencias de la metalurgia prehistórica han sido una parcela característica del registro arqueológico de la Península Ibérica desde finales del siglo XIX. Bien en forma de artefactos acabados en diferentes contextos de deposición, bien como resultado de las etapas de producción, dichos restos han atraído la atención tanto de arqueólogos como de arqueometalúrgicos; los primeros han propuesto modelos de cambio social en los que la metalurgia juega un papel más o menos causal, mientras que los segundos se han centrado en los métodos de producción y en la procedencia del metal.

Aunque la producción metalúrgica de la Península Ibérica ha sido estudiada mediante los métodos de

la arqueometalurgia desde los tiempos de los hermanos Siret en el sureste de España, fue el importante programa analítico del equipo de Stuttgart, *Studien zu den Anfängen der Metallurgie* (SAM), el que proporcionó las series de datos sobre la composición de los artefactos de las Edades del Cobre y del Bronce necesarios para considerar el estudio de la tecnología y las inferencias sobre la procedencia dentro de un contexto europeo más amplio (por ejemplo, Jünghans *et alii*, 1960). Pero el programa SAM fue objeto de importantes críticas en el mundo angloparlante, no tanto por sus procedimientos analíticos como por sus inferencias sobre la procedencia, basadas en métodos estadísticos y en supuestos relativos a la uniformidad de la composición del propio mineral. En muchas áreas de Europa, los arqueometalúrgicos se refugiaron en los análisis regionales a menor escala y utilizaron la medición de elementos traza en la composición para inferir únicamente la tecnología. El nuevo método de análisis de isótopos de plomo fue desarrollado para formular lo que parecían ser inferencias más fidedignas sobre la procedencia de los artefactos metálicos (por ejemplo, Gale y Stos-Gale, 1982).

Dentro de la arqueología ibérica, la finalización del programa SAM dejó un importante vacío en el análisis de los artefactos metálicos. Los pasos encaminados a llenar este vacío fueron emprendidos por el veterano Profesor Fernández-Miranda, quien, como Director General de Bellas Artes, adquirió la maquinaria para el análisis de fluorescencia de rayos X en Madrid y reunió el equipo de arqueólogos y arqueometalúrgicos que conformó lo que se llegó a conocer como el *Proyecto de Arqueometalurgia*. La escala de la investigación analítica iniciada por el Profesor Fernández Miranda y sus colegas puede apreciarse en la publicación de los dos volúmenes aquí examinados, relativos a los análisis de artefactos de las Edades del Cobre y del Bronce y a sus interpretaciones regionales, y en otros dos volúmenes proyectados, relativos a los análisis metalográficos, a la tecnología de producción y a una síntesis de los procesos metalúrgicos iniciales en la Península Ibérica, así como de la producción temprana de oro y plata. Además, estos últimos años han visto la publicación de una impresionante serie de síntesis regionales y de yacimientos, que incluyen resultados analíticos de la metalurgia inicial en España (por ejemplo, Montero, 1994; Delibes de Castro y Fernández-Miranda, 1988; Díaz-Andreu y Montero, 1998; Delibes de Castro *et alii*, 1999; Simón García, 1998; Ruiz-Gálvez, 1995). La combinación de las informaciones analítica y contextual incorporadas en estas publicaciones supone claramente un importante empuje al estudio de los orígenes de la metalurgia en la Península Ibérica.

El primer volumen del *Proyecto de Arqueometalurgia* contiene los resultados de 2.099 análisis de elementos traza en artefactos fechados fundamentalmente en el Calcolítico, el Bronce Antiguo y el Bronce Medio en España. Sólo las Islas Baleares están omitidas, debido a la publicación de sus análisis en otro lugar (Delibes de Castro y Fernández-Miranda, 1988). Los

¹ Traducción: Antonio Uriarte González. Dpto de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid. Correo electrónico: uriarte@ceh.csic.es

materiales analizados proceden de museos, colecciones y excavaciones con buena información contextual. Las frecuencias absolutas de análisis privilegian, nada sorprendentemente, a Andalucía y la Meseta Sur, y hay variaciones en las frecuencias de piezas analizadas en relación al número total de piezas conocidas en cada provincia. La inmensa mayoría de las muestras analizadas son artefactos de cobre (1 623), siendo inferior el número de artefactos de oro (34) y plata (59); minerales (202), escorias, crisoles, lingotes, moldes, etc., conforman el resto de los análisis. Los inventarios están presentados por provincias, ofreciéndose en cada caso el nombre de la localidad o del término municipal, la localización y el número de inventario de la muestra analizada (por ejemplo, museo/colección), el tipo de evidencia artefacto/producción, el número del análisis, la cronología por períodos, el tamaño y el peso, el número del correspondiente análisis del SAM –si lo hay–, la frecuencia de los elementos traza y las referencias bibliográficas. También se incluyen las ilustraciones de los artefactos más característicos o peor conocidos. Cuatro apéndices incluyen una lista alfabética de todos los yacimientos, codificados por provincias (los números de página de los análisis habrían sido útiles aquí también); las muestras analizadas tanto por el SAM como por su proyecto; los principales tipos de objetos analizados por orden alfabético y también por yacimiento y código provincial (podría haberse simplificado esto resaltando los tipos de objetos o utilizando un tamaño tipográfico diferente), y los objetos de plata analizados.

Estos análisis proporcionan una base para el estudio de la metalurgia temprana en la Península Ibérica y el volumen comprende una importante colección de datos sobre la composición del metal en el tercer y segundo milenios a.C. No es, por supuesto, un *corpus* de análisis de elementos traza en la Península Ibérica, como puede advertirse a partir de los análisis llevados a cabo en otros laboratorios y publicados recientemente, por ejemplo, para la provincia de Valencia (Simón García, 1998).

Los estudios regionales del volumen II comparten una estructura más o menos común al presentar las evidencias de los recursos minerales locales y las actividades de producción metalúrgica, así como tablas de descripciones y análisis de objetos metálicos por grandes períodos (Calcolítico, Bronce Antiguo, Bronce Medio). Existe alguna variación en el nivel de detalle dedicado a estos temas, así como en el grado de discusión del contexto social de la producción metalúrgica. Hay menciones al ‘prestigio’, a ‘las sociedades jerarquizadas’ y a ‘la complejidad social’, pero escasa discusión adicional acerca de su significado y utilidad a la hora de estudiar el cambio social.

Hay poco espacio aquí para un detallado resumen de los principales puntos relativos al estado de nuestros conocimientos de la metalurgia temprana en cada región. La ausencia de una síntesis editorial (presumiblemente proyectada para el volumen IV) deja al lector la responsabilidad de abordar cualquier estudio

comparativo de la metalurgia antigua en la Península Ibérica. Para los propósitos de esta recensión, considero igualmente interesante examinar y resaltar las cuestiones y problemas que creo suscitan los estudios regionales. Lo que sabemos sobre la metalurgia temprana es algo que hay que recalcar, pero lo que no sabemos debería ayudarnos a orientar nuestra futura investigación.

La comparación de los capítulos deja claro cuánto ha cambiado el registro de la metalurgia inicial y del poblamiento coetáneo en las últimas décadas. Por ejemplo, ésto se recalca para la Submeseta Norte (donde la metalurgia del cobre claramente fue introducida antes del Campaniforme), en contraste con la Meseta Sur (donde parece que ha tenido lugar una investigación menos intensiva). Los patrones de asentamiento de las sociedades de las Edades del Cobre y del Bronce revelados mediante prospecciones extensivas e intensivas, tanto en estas regiones como en Aragón, tienen importantes implicaciones para nuestra comprensión del desarrollo de la producción agrícola y del sedentarismo. La metalurgia temprana, como cualquier otra forma de producción, necesita situarse dentro de este contexto más amplio, tanto en términos de sus productos como de las relaciones sociales que subyacen a ellos.

¿Qué sabemos de la procedencia de los primeros metales en la Península Ibérica y de la escala de su explotación? Uno de los puntos fuertes de este volumen es la publicación de mapas regionales de fuentes de metal, especialmente aquéllas que habrían sido demasiado pequeñas para la explotación comercial (por ejemplo, en el Suroeste). Estas fuentes no suelen figurar en los mapas modernos. Se recalca la necesidad de más prospecciones arqueometalúrgicas para regiones como Valencia. Pero la localización de dichas fuentes y su proximidad a los asentamientos de las Edades del Cobre y del Bronce no garantiza su explotación en el pasado. Varios de los estudios (por ejemplo, en el Noreste y Extremadura) resaltan la necesidad de excavaciones y de una mejor datación de dichas explotaciones. Las minas asturianas de Aramo y El Milagro (Blas Cortina, 1998) son aún los únicos ejemplos bien documentados de minería del cobre en la Península Ibérica en el tercer milenio a.C.

También es necesaria una mejor fechación de muchos de los propios objetos metálicos, como ha quedado claro para Extremadura, donde no sólo hay un porcentaje pequeño de yacimientos tempranos excavados, sino que el 75% de los artefactos metálicos proceden de contextos superficiales. En el Sureste, la presencia de artefactos de cobre ha sido utilizada para bajar las fechas de algunos yacimientos al Calcolítico. Esto tiene profundas implicaciones para nuestra comprensión de las frecuencias de producción y deposición, así como de las variaciones en diversidad y estilo. El cálculo de frecuencias de objetos metálicos por volumen de depósito excavado, en yacimientos como El Acequión y Azuer en la Meseta Sur, proporciona una medida de la frecuencia de deposición

y, teniendo en cuenta el reciclaje de metal, de la frecuencia mínima de producción.

¿Qué sabemos sobre las áreas de producción? La respuesta aún es deprimentemente limitada. Para el Noroeste se citan evidencias de producción antigua en la Cueva de Buraco da Pala y en el yacimiento cercado de Castelo Velho, que datan de finales del cuarto y de principios del tercer milenio a.C., pero no hay más ejemplos de áreas metalúrgicas especializadas en la región. En más de una región, los autores señalan la necesidad de distinguir 'vasijas-horno' y 'crisoles' y, por consiguiente, de identificar las diferentes etapas de la producción metalúrgica temprana. En Valencia, las evidencias de fundición se encuentran en los límites de asentamientos como La Horna y Peña de Sax, en estructuras parcialmente techadas. La práctica de metalurgia en áreas marginales se suele vincular al peligro del fuego y de los gases tóxicos, dejándose aparte el simbolismo de la magia, documentado entre los metalúrgicos africanos en la actualidad.

Finalmente, ¿qué idea tenemos de los contextos sociales de la producción metalúrgica temprana en la Península Ibérica? La respuesta más clara a esta cuestión en este volumen es la propuesta por el Dr. Montero, en sus contribuciones a los estudios regionales en la Meseta Sur y el Sureste. Para ambas áreas es partidario de un modelo de producción a pequeña escala, independiente y doméstica, en la que se utilizan fuentes locales de mineral, y critica el que él ve como un modelo de élites y de control centralizado en el que se utilizan fuentes distantes, propuesto por Lull y Risch (1995) y el resto de los miembros del "Proyecto Gatas". No hay espacio aquí para tratar con detalle las cuestiones que el Dr. Montero plantea; por tanto me ceñiré, como miembro del citado "Proyecto Gatas", a un punto, el del origen de las fuentes de cobre utilizadas en la Edad del Bronce en el Sureste. En la última monografía de este Proyecto (Castro *et alii*, 1999: 206-14) hemos reconocido enteramente la controversia que rodea el uso de los análisis de isótopos del plomo para identificar la procedencia de los metales y desde entonces se han publicado artículos adicionales acerca del tamaño de muestra necesario para caracterizar las fuentes de mineral (Baxter *et al.* 2000) y la evidencia del reciclaje de metales (con el efecto que esto tiene en la composición metálica) en la Edad del Bronce mediterránea (Knapp, 2000). Nosotros nos sorprendimos más que nadie cuando los resultados preliminares de los análisis de isótopos del plomo no dieron resultado a la hora de sustentar un modelo de explotación local del metal en la Edad del Bronce en la cuenca de Vera, como el propuesto por el Dr. Montero (una 'excelente' hipótesis, tal y como la denominábamos nosotros). Por tanto, ¿qué hacer entonces? Tenemos dos métodos analíticos que tienen problemas ampliamente reconocidos cuando se trata de la caracterización de depósitos de mineral. Las opiniones se han polarizado en la literatura inglesa y las oportunidades de financiar los análisis de isótopos del plomo se han vuelto más limitadas. Los arqueólogos están atrapados en medio de estos debates, afa-

nándose por encontrar una forma de proceder con el estudio más fidedigno de la procedencia del metal.

También hay problemas que envuelven la interpretación de la evidencia arqueológica para la producción metalúrgica. Por ejemplo, el Dr. Montero ha utilizado la presencia o ausencia de datos en las diferentes etapas de dicha producción para inferir que todas ellas eran llevadas a cabo en todos los yacimientos del Sureste, y que no hay pruebas para cualquier tipo de producción complementaria. Tenemos que recordar que muchos de los yacimientos clave, como Gatas y Fuente Álamo, son ocupaciones multifásicas y que las evidencias de fundición no están distribuidas uniformemente entre estos diferentes períodos. Todavía queda una pequeña cantidad de evidencias de fundición para el período argárico. Por supuesto, esto puede ser resultado de la escala y de la localización de la excavación en lo que respecta a las áreas donde dichas actividades pueden haber sido llevadas a cabo. ¿O es que todas las etapas de la producción no se practican en todos los yacimientos argáricos? Esta cuestión está aún sin resolver.

Es evidente que necesitamos un programa más amplio que la caracterización de minerales y artefactos a fin de evaluar la hipótesis de fuentes de metal locales frente a la de fuentes externas. En realidad no tienen por qué ser hipótesis mutuamente excluyentes; ambas fuentes podían haber sido utilizadas y la explotación local podría haber sido la norma antes de la Edad del Bronce. Del mismo modo, las hipótesis que oponen la utilidad de prestigio social frente al papel funcional no deberían ser contempladas como mutuamente excluyentes. Dichas hipótesis aún tienen que considerar cómo se controlaba el acceso a los recursos metalíferos. La propuesta de dicha hipótesis es un estímulo para la investigación y para una estimación realista de la calidad de los datos a nuestra disposición, lo cual requiere una evaluación abierta, crítica, más que una retirada a posiciones atrincheradas. Si la investigación futura de la metalurgia temprana de la Península Ibérica procede en esta dirección, entonces supondrá un tributo digno y duradero al fundador del Proyecto de Arqueometalurgia.

BAXTER, M.J.; BEARDAH, C.C. y WESTWOOD, S. (2000): "Sample size and related issues in the analysis of lead isotope data". *Journal of Archaeological Science*, 27: 973-980.

CASTRO MARTÍNEZ, P.V.; CHAPMAN, R.W.; GILI SURINACH, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE HERRADA, C.; RISCH, R., y SANAHUJA YLL, M.^ªE. (1999): *Proyecto Gatas. 2. La Dinámica Arqueoecológica de la Ocupación Prehistórica*. Junta de Andalucía, Sevilla.

DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; FONTANEDA PÉREZ y ROVIRA LLORENS, S. (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Junta de Castilla y León, Zamora.

DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MIRAN-

- DA, M. (1988): *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las Islas Baleares*. Studia Archaeologica 78, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DÍAZ-ANDREU, M. y MONTERO, I. (1998): *Arqueometalurgia de la Provincia de Cuenca: Minería y Metalurgia en la Edad del Bronce*. Diputación Provincial de Cuenca. Cuenca.
- GALE, N.H. y STOS-GALE, Z.A. (1982): "Bronze Age copper sources in the Mediterranean: a new approach". *Science* 216: 11-19.
- JUNGHANS, S.; SANGMEISTER, E. y SCHRODER, M. (1960): *Metallanalysen kupferzeitlicher und frühbronzezeitlicher Bodenfunde aus Europa*. Gebr. Mann. Berlin.
- KNAPP, A.B. (2000): "Archaeology, science-based archaeology and the Mediterranean Bronze Age metals trade". *European Journal of Archaeology*, 3(1): 31-56.
- LULL, V. y RISCH, R. (1995): "El estado argárico". *Verdolay*, 7: 97-109.
- MONTERO, I. (1994): *El Origen de la Metalurgia en el Sudeste de la Península Ibérica*. Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1995): *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum Extra 5. Madrid.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. (1998): *La Metalurgia Prehistórica Valenciana*. Serie de Trabajos Varios 93, Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación Provincial de Valencia, Valencia.

Bob Chapman

Dept. of Archaeology. Faculty of Letters and Social Sciences. University of Reading. Whiteknights. Reading RG6 6AA. England.
Correo electrónico:
r.w.chapman@reading.ac.uk

BRENDA ROHL y STUART NEEDHAM: *The Circulation of Metal in the British Bronze Age: the Application of Lead Isotope Analysis*. British Museum Occasional Paper No. 102. British Museum. Londres, 1998, VI+234 pp., 41 fig., 36 gráf. ISBN 0 86159 102 X. ISSN 0142 4815.

Si existiera alguna duda sobre la utilidad de los análisis de isótopos de plomo en los estudios arqueometalúrgicos, este libro debería bastar para disiparla. Digo utilidad en el sentido de herramienta necesaria e imprescindible hoy en día en las discusiones no sólo acerca de la procedencia de materias primas y objetos metálicos sino también en un tema tan apasionante como la detección de redes de circulación de metal, a las que podemos aproximarnos con mayor precisión que la que proporciona la distribución de los tipos de objetos sobre un mapa. Pero quiero también hacer énfasis en el carácter instrumental del método, que no es una varita mágica que proporcione respuestas indiscutibles sino elementos básicos (no los únicos) para

una discusión más profunda y mejor argumentada. De ello son muy conscientes los autores.

El libro nace a partir de un amplio programa de análisis de isótopos de plomo en minerales de cobre, de plomo y de objetos de las Edades del Cobre y Bronce de las Islas Británicas, desarrollado por Brenda Rohl entre 1991 y 1995 con el soporte económico del *Science-Based Archaeology Committee*, en el *Isotrache Laboratory* de Oxford, dirigido entonces por Noël Gale, a quien tanto debemos en la puesta a punto y aplicación de este método analítico a través de sus numerosos trabajos en solitario o en colaboración con otros investigadores. A partir de los resultados analíticos entra en escena Stuart Needham, gran conocedor de la metalistería británica prehistórica, para encarar los estudios de los grupos de metal (Caps. 6 y 7).

Quisiera destacar, en primer término, el sólido armazón metodológico que rige el desarrollo de este trabajo, tanto en la fase analítica como en la más discutible de interpretación de los resultados. También hay que decir desde un principio que los resultados se basan en la interpretación conjunta de dos fuentes analíticas, los isótopos de plomo y las impurezas del metal, y en la contextualización arqueológica de los objetos. En el Capítulo 2 los autores efectúan una rápida pero precisa discusión acerca de los factores que pueden influir en la alteración de la composición de isótopos de plomo a lo largo del proceso que va desde el mineral al objeto acabado (adición de fundentes en el horno de fundición escorificante, preparación de aleaciones, reciclado de metal, etc.), y que deben ser tenidas en cuenta a la hora de dar sentido a las claves isotópicas resultantes. También los niveles de impurezas del metal son fuertemente afectados por las condiciones de procesamiento del mineral en el horno, refundiciones y aleaciones, tema conocido desde hace años y que a mediados de la década de los sesenta levantó sonoras críticas contra el método de clasificación de tipos de metal utilizado por el Grupo de Stuttgart. A pesar de todo, el establecimiento de tipos de metal basados en las impurezas es una ayuda que no debe dejarse de lado, aplicándolo no tanto a asociar el metal a una fuente de mineral determinado (aunque también en ese terreno es útil en ocasiones) como a establecer relaciones geográfico-culturales. En ese sentido, los trabajos de Peter Northover de los años ochenta (recogidos en la bibliografía) y, más recientemente, los de E. Sangmeister son una buena prueba de su utilidad. Todas estas circunstancias son valoradas de forma precisa por los autores porque serán las que den pie a sus interpretaciones para la formación de grupos de metal. Ningún autor importante, ninguna de las polémicas surgidas en los últimos años en torno a la validez y significación de las analíticas arqueometalúrgicas ha quedado en el olvido. Los propios resultados de los análisis de isótopos aportados como novedad son también criticados con rigor, en particular los que proceden de minerales, porque no han podido ser todo lo representativos que hubiera sido deseable.

En las Islas Británicas, y en particular en Gran

Bretaña, los estudios comparados de los conjuntos arqueológicos de objetos de metal (Arreton, Acton, Taunton, Penard, Wilburton, Ewart, etc.) conforman el eje director de la evolución cultural de la Edad del Bronce, bastante desasistida inicialmente de fechas radiocarbónicas porque los depósitos epónimos no las proporcionaron en su momento y sólo en los últimos años se está consiguiendo datar algunos contextos. Resultaba, pues, de gran interés comprobar la solidez estructural de estos agrupamientos.

En las primeras páginas (p. 36) ya nos advierten los autores que, en el estado actual de los conocimientos, encontrar de forma inequívoca la procedencia de un objeto de metal en Inglaterra y Gales, usando sólo su clave isotópica, es tarea baladí: los campos isotópicos de ambas regiones se superponen y, además, se solapan también parcialmente con los campos continentales del occidente francés, los Países Bajos y la zona renana, de las que llegó cobre y bronce en muchas ocasiones, como indican los hallazgos arqueológicos. De ahí la necesidad de combinar este método con los otros ya mencionados para mejor contrastar las hipótesis. Para poder hablar de coherencia interna en los grupos de metal (los IMP-LI), se han de cumplir, nos dicen, tres requisitos: que tanto los isótopos de plomo como el modelo de impurezas formen campos agrupados, y que pertenezcan a una fase o conjunto concreto de la metalistería prehistórica (p. 84). Esta definición encorseta o limita los resultados a comprobar si los grupos preestablecidos (Brithdir, Penard, etc.) tienen la suficiente coherencia para ser mantenidos como tales o, lo que es lo mismo, si los eslabones de la cadena evolutiva de las 'culturas metalúrgicas' se mantienen o no, lo cual no es poco. La interpretación, sin embargo, es laxa porque los autores no están dispuestos a renunciar a los grupos sancionados por el uso a partir de las evidencias arqueológicas y buscarán interpretaciones que gravitan entre dos polos: un buen agrupamiento significará que un determinado *stock* de metal circulante puede ser asignado a una cierta fuente o a varias con la misma clave isotópica (que no pueden localizar por el momento, aunque en algunos casos se sugieren procedencias concretas), y un agrupamiento menos bueno se interpretará como que los metales constituyen un complejo en el que se amalgaman diferentes fuentes (p. 84).

Quizás alguien pueda pensar que es demasiado trabajo para, al final, dejar las cosas casi como estaban. Pero yo no lo creo así porque, por un lado, los autores relativizan la importancia del dato analítico en sí mismo y extraen de él las sugerencias, proceder que me parece el más correcto cuando se trata de interpretar un conjunto de análisis físico-químicos. Nadie debería caer, a estas alturas, en la tentación de usar y comparar esa clase de datos analíticos como si fueran componentes tipológicos inherentes al objeto, de la misma categoría que los formales. Y por otro lado, utilizar las sugerencias del dato para construir o cuestionar hipótesis forma parte del quehacer del prehistoriador que no confunde la solidez meto-

dológica exigible a una buena base de datos de partida con su propia subjetividad como usuario final de la misma, por mucha estadística que haya de por medio.

Desde estas premisas, Rohl y Needham emprenden un meticuloso estudio interpretativo de los conjuntos de metal británicos que ocupa los Capítulos 6 y 7, cuyas conclusiones me parecen de gran interés. Por ejemplo, que la mayor parte del metal usado en la Edad del Cobre (Campaniforme) procedía probablemente de las minas irlandesas de Ross Island, cuya actividad en este período está bien documentada tras los trabajos de W. O'Brian, quizás con menores aportes de Cornwall y Devon y, ya en época tan temprana, de cobres franceses.

Muchos de los conjuntos de metal están formados por dos o más subgrupos atendiendo a sus campos isotópicos y a sus rangos de impurezas, observándose un aumento progresivo de la complejidad desde la Edad del Cobre a los comienzos del Hierro, cosa que antes desconocíamos o la sabíamos de forma menos precisa. Lo más sorprendente es el escaso solapamiento de estos subgrupos, excepto en los casos de Penard (1275-1140 AC)-Wilburton (1140-1020 AC) y Ewart (1020-800 AC)-Llyn Fawr (del 800 AC en adelante) (p. 178, fig. 41), lo que, en opinión de los autores, significa que los grupos de metal encontrados están fuertemente ligados a su contexto cultural, considerado éste como un modelo particular de producción, circulación y consumo de metal (pp. 180-181), y siendo los solapamientos antes aludidos la expresión de fases transicionales. Dado que estos grupos se suceden en el tiempo constituyendo la secuencia cultural de la Edad del Bronce, quedaría reforzada la validez cronológico-cultural de los conjuntos preestablecidos.

Es cierto que para que las cosas ajusten bien con lo que se quiere demostrar se usan demasiados comodines. Pero también lo es que los autores lo saben y no nos lo ocultan. Con frecuencia advierten que sería necesario investigar más en tal o cual dirección para contrastar mejor determinadas afirmaciones o para poder decantarse por alguna de las varias opciones propuestas como marco explicativo a partir de los análisis disponibles. Las discusiones entorno al conjunto Ewart podrían citarse como paradigmáticas. En esencia, lo que se dibujan son los marcos de los distintos modelos particulares y los posibles mecanismos que interaccionan en su seno, dejando que sean las futuras investigaciones, orientadas por tales pistas, las que vayan completando el cuadro.

Quien espere obtener una solución concreta al complejo problema de la circulación de metal durante la Edad del Bronce británico quedará defraudado tras la lectura de este libro porque no es el objetivo de los autores simplificar y dar soluciones mágicas a lo que de sí es intrincado. Es precisamente la puesta en evidencia de esa complejidad y de las múltiples opciones que la pueden explicar utilizando técnicas instrumentales el mayor mérito de este trabajo. Es un intento de reconstruir un *puzzle* del que ni se tienen todas las

piezas ni se conoce el dibujo completo original. Es también, leyendo entre líneas, una saludable advertencia sobre las posibilidades y limitaciones de la analítica, particularmente dirigida a quienes todavía piensan que unos pocos análisis son suficientes para elaborar modelos sólidos sobre la procedencia y circulación de objetos metálicos prehistóricos.

Queda todavía, afortunadamente, una ingente tarea por hacer. Se han utilizado casi medio millar de análisis de isótopos de plomo y otro tanto de análisis de impurezas en objetos metálicos, cifras que, con ser abultadas, no son suficientemente convincentes en algunos casos (también lo dicen los autores). Pensemos, por ejemplo, que para discutir toda la Edad del Cobre se han manejado 27 pares de análisis, y que el campo isotópico de la mina de Ross Island está definido actualmente por sólo 9 análisis de mineral. Quizás sean suficientes para poder sugerir que Ross Island suministró la mayor parte del cobre campaniforme irlandés e inglés, pero me quedaría más tranquilo si la plataforma analítica fuera mayor.

En cualquier caso, el libro no cierra por redondeo los capítulos en donde habla de la circulación de metal, incluido el de las conclusiones. Más bien al contrario, se señalan con honradez los puntos o argumentos débiles, polivalentes, dejando la vía abierta a futuras investigaciones. Todo un prometedor comienzo, pienso yo.

Salvador Rovira

Museo Arqueológico Nacional. Serrano, 13.
28001 Madrid.

Correo electrónico: srl@man.es

LEONARDO GARCÍA SANJUÁN: *Los orígenes de la estratificación social. Patrones de desigualdad en la Edad del Bronce del Suroeste de la Península Ibérica (Sierra Morena Occidental. C. 1700-1100 a.n.e./2100-1300 A.N.E.)* BAR International Series 823, 1999, 307 pp., 170 figs. y 57 tab. Prefacio de R. Chapman.

Sumándose a la larga lista de trabajos que en los últimos años se han ocupado de aspectos relativos a la Edad del Bronce en el suroeste peninsular, aunque abordándola desde una problemática tan inédita como es la del origen de la estratificación social, el nuevo libro de Leonardo García Sanjuán constituye una interesante y ambiciosa aportación cuya mayor originalidad podría decirse que está explícita en una aspiración formulada por este mismo autor hace ya algunos años, cuando se lamentaba de que “en la zona suroccidental durante el II milenio ni se había llegado a formular una sistematización teórica semejante a la propuesta para el Sureste, ni se habían aportado evidencias empíricas estadísticas” (García Sanjuán 1998: 128). La presente obra nace, pues, de esa doble necesidad, teórica y empírico-estadística, y es en esa doble dirección en la que se concibe y debe valorarse: un in-

tento de situar el Suroeste al mismo nivel o en las mismas claves interpretativas que el Sureste en cuanto a caracterización social, partiendo para ello de algunos de los criterios de estudio empleados en esta otra zona en las últimas décadas.

Una obra que se estructura, a grandes rasgos, en dos bloques que atienden a dichos requerimientos teórico y empírico-estadístico. En el primero, que incluye los tres capítulos iniciales, se explicitan los planteamientos epistemológicos de los que es partícipe el autor, los conceptos teóricos sobre el origen de la sociedad estratificada y la metodología empleada para su identificación desde la arqueología. Se concluye con una confrontación del cuadro de indicadores de la estratificación con el registro arqueológico del Suroeste, a fin de producir un marco interpretativo preliminar con el que contrastar el análisis posterior de un caso específico. Es precisamente en el segundo bloque, a lo largo de los capítulos restantes, donde se pretende ese análisis pormenorizado estadístico del registro habitacional, funerario y macroespacial de un espacio tan definido como es el de Sierra Morena Occidental, a partir de la información generada especialmente –aunque no exclusivamente– desde el marco del Proyecto de Investigación titulado “Análisis y definición de los procesos culturales en el Suroeste de la Península Ibérica durante el II milenio a.n.e.”. Finalmente, se esboza una síntesis de lo tratado anteriormente y exponen las conclusiones.

Profundizando en la primera parte del trabajo, frente al paradigma histórico-cultural que tradicionalmente ha venido enfocando el Bronce del Suroeste, el autor confiesa asumir unos referentes epistemológicos y teóricos alternativos de base racionalista, nomológica y materialista. Partiendo de una noción marxista del estado, apuesta por una ‘hipótesis gerencial’ como explicación del paso de las sociedades jerarquizadas a las sociedades estratificadas, hipótesis que, según apunta, es empíricamente contrastable por una serie de indicadores. Además, propone realizar este estudio desde una vocación empírico-cuantitativa y procesualista que le lleve a analizar el problema del origen de la estratificación social en el Suroeste en clave diacrónica desde la Edad del Cobre hasta el Bronce Final.

A nivel metodológico el autor llama la atención sobre una aportación pretendidamente personal y original, una “teoría del alcance medio para la identificación arqueológica de las sociedades de clases” desde esa noción marxista del estado, pero que realmente es muy deudora de posicionamientos ya defendidos en nuestro país por otros investigadores como Lull (1983), Picazo (Lull y Picazo, 1988), Estévez (Lull y Estévez, 1986), etc. Se trataría, evidentemente, de una orientación metodológica aplicable también en otros contextos cronológicos y geográficos, pero que en este caso se ofrece –no lo olvidemos– para solucionar un problema tan concreto como es el de la determinación del origen de la sociedad estratificada en el Suroeste.

Prescindiendo ahora del análisis territorial macro, que basado en la prospección “genera inferencias de

alcance limitado” (p. 40), según palabras del mismo autor, más determinantes resultan los indicadores funerario y habitacional. A nivel funerario parte de la aceptación del isomorfismo entre su ritual y la organización social, proponiendo el estudio de cuatro ejes de variación del registro funerario: el estatus biológico; los ajuares u ofrendas; la estructura arquitectónica de los contenedores; y la ubicación espacial relativa... entre los que determinadas covariaciones críticas permiten hablar con propiedad de la existencia de clases sociales. Dejando a un lado la formulación específica de estas covariaciones, realmente interesantes, conviene subrayar que todas requieren ineludiblemente un buen conocimiento del estatus biológico, lo cual –como el lector sin duda conoce– resulta extremadamente difícil en el Suroeste, donde a causa de un sustrato geológico particularmente dañino no suele quedar absolutamente nada de los restos óseos inhumados, preferentemente en cistas, de la Edad del Bronce. A nivel habitacional, por su parte, tanto los ejes de variación propuestos como su serie de covariaciones se resienten de una base empírica también muy limitada. Por ello puede decirse que nos encontramos con el diseño de una metodología específicamente planteada, bien teorizada, pero de muy difícil aplicación hoy por hoy en la región suroccidental. No obstante, conviene reflexionar sobre las interpretaciones sociales extraídas por el autor a pesar de estos condicionantes.

Tras un recorrido historiográfico por las teorías sobre la Edad del Bronce –donde apreciamos una actitud poco respetuosa no sólo para con investigadores del presente, sino también hacia la labor de figuras tan relevantes como Viana o Schubart– se lleva a cabo una lectura crítica de las evidencias empíricas disponibles en el Suroeste –generadas mayoritariamente desde esos mismos planteamientos historicistas tradicionales criticados– y la discusión de las interpretaciones realizadas por los únicos investigadores que el autor no considera inscritos en el paradigma histórico-cultural: Barceló y González Wagner, con los que tampoco está de acuerdo. Se ofrece, finalmente, una hipótesis general a partir de la previa contrastación empírica en un marco de análisis que abarca desde el 2500 al 750 a.n.e.

En la recogida de información se advierten errores y omisiones –por ejemplo, en lo referente a la información poblacional y paleoambiental de Extremadura– que pueden crear una falsa imagen al lector. Además, la idea original de presentar separada la información, en primer lugar la generada en todo el Suroeste con anterioridad a esta investigación y más tarde la proporcionada por los recientes trabajos en Sierra-Morena Occidental, que permitiría apreciar más claramente las nuevas aportaciones, se ve traicionada desde este momento al aparecer mezcladas ambas y producir, además de una lectura poco fluida y repetitiva, un cierto confusiónismo.

A modo de hipótesis general, en la Edad del Cobre del Suroeste se advierte una “sociedad jerarquizada comunalista”, que durante la Edad del Bronce se transforma en una “sociedad jerarquizada disgre-

gada”, siendo posible encontrar sólo en el Bronce Final indicios racionales de estratificación social. Como el propio autor indica, la aplicación al registro empírico de c. 1100-750 a.n.e. de los indicadores de la desigualdad antes aludidos comporta extraordinarias dificultades por las limitaciones que presentan los datos. No obstante, para cimentar su hipótesis, y al no encontrar argumentos sólidos en el análisis de la infraestructura, utiliza otros más propios de la superestructura, de naturaleza iconográfico-estilística (a propósito de las estelas) o mitológica (el mito tartésico clásico de Gárgoris y Habis) que, viniendo de una línea de investigación racionalista, nomológica y materialista, no dejan de sorprender al lector, del que se exige poco menos que un acto de fe.

En esta misma línea, afronta una aproximación deductiva a un registro funerario tan problemático, por no decir poco visible, como el del Bronce Final del Suroeste, argumentando que, si las necrópolis del Hierro I ya muestran un sistema estratificado de relaciones sociales y las del Bronce no señalan ninguna evidencia de ello, cabe “teóricamente” situar en el Bronce Final la transición a la estratificación social. Sorprendentemente, ello encuentra licencia desde un referente epistemológico expresado por el propio autor al comienzo del trabajo, para el cual las teorías pueden sobrevivir a contrastaciones empíricas adversas si el núcleo firme de una investigación es coherente y lógico y si es capaz de adaptarse flexiblemente a los enunciados observacionales contrarios sin que por ello la raíz teórica central y básica pierda su carácter. Sea como fuere, el proceso que desde el 2500 a.n.e. conduce a la sociedad de clases en el Suroeste es para García Sanjuán “no prístino” y “secundario”, es decir, justo al revés que el observado en el Sureste. Será precisamente la interacción que en el Bronce Final se produce con sociedades con mercados y estructuras de poder más desarrolladas la que causará la acentuación de la complejización de las relaciones sociales de producción entre las formaciones sociales del Suroeste.

El análisis empírico-estadístico del registro arqueológico de la comarca más occidental de Sierra Morena –que configura el segundo gran bloque de este trabajo– se concibe como una “prueba ácida” a fin de sopesar la validez de esa hipótesis. Tras una declaración de intenciones se lleva a cabo el análisis empírico-estadístico habitacional, funerario y territorial prometido. Son precisamente los capítulos dedicados al estudio del territorio y del hábitat la parte más seria y convincente de esta investigación, reflejando con rigor la información nueva obtenida, así como los problemas que plantea de cara a la interpretación social. De la evaluación de sus expresiones de desigualdad infiere el autor que, no detectándose intensificación agraria, no hay necesidad de funciones gerenciales: la Sierra Morena Occidental se va a comportar como un espacio periférico y marginal cuyos patrones de organización, consumo y habitación conocidos conducen a una lectura negativa de la estratificación social durante el II milenio a.n.e.

Mucho más discutible, desde nuestra óptica, resulta el capítulo dedicado al registro funerario, ya parcialmente anticipado, de la Sierra Morena Occidental que, como el propio autor admite, presenta numerosos problemas de descontextualización, preservación y datación que entorpecen su interpretación arqueológica. Más allá de argumentar la hipótesis postdeposicional, frente a la cultural, como explicación a la ausencia de restos óseos conservados en las tumbas del Suroeste, el propio autor reconoce la inviabilidad de la reconstrucción de la dimensión biológica de los restos, lo cual nos parece tanto como reconocer de entrada las limitaciones, a efectos prácticos, del alcance del esquema metodológico sobre el que sustenta su investigación.

En el análisis de los ajuares se aporta una compleja clasificación estadística desde el punto de vista morfométrico y morfológico de las cerámicas de la Sierra de Huelva –aunque para poder ver sus dibujos y hacerse una idea de las principales formas y grupos haya que recurrir a su consulta en otro trabajo reciente del autor (García Sanjuán, 1998)– y se matiza la capacidad para retirar de la circulación objetos metálicos de alto costo productivo, haciéndose de ello un argumento en favor de la ausencia de estratificación social en el Suroeste. Pero es en el estudio de las covariaciones entre los elementos de ajuar donde pueden ponerse mayores reparos, ya que el autor define tres o cuatro categorías o “clases funerarias”, en función de las distintas agrupaciones de artefactos que se documentan en el interior de las tumbas, sin tener en cuenta que los contenedores funerarios pueden haber acogido a más de un difunto, con la consiguiente acumulación de deposiciones y, dada esa no conservación del cuerpo que venimos aludiendo, la adición de elementos de ajuar que hay que entender como personales.

Las conclusiones obtenidas de esta maniobra, que defienden “la existencia de una jerarquización material en la complejidad de los ajuares funerarios que no alcanza a representar una élite compuesta de individuos de ambos sexos y todas las categorías de edad que acapare para sí los símbolos de alto estatus social y poder” (p. 216) deberán contemplarse con cierta relatividad en tanto no mejoren las condiciones de estudio y se aclare –lo cual es difícil– que efectivamente cada contenedor acoge a una sola persona, lo que no sucede, ni muchísimo menos, en todos los casos en que sí hay información del estatus biológico (contrastar la tabla 34, p. 189, de esta misma obra). Por eso mismo, las covariaciones entre las asociaciones de ajuar y la complejidad arquitectónica de los contenedores quedan en idéntica situación de provisionalidad.

Estas objeciones puntuales pueden, además, encuadrarse en un marco de duda más global, pues, teniendo en cuenta la enorme diferencia cuantitativa entre las estimaciones poblacionales hechas por el mismo autor para algunos asentamientos de la Edad del Bronce y el número de cistas que integran las necrópolis a ellos asociadas (por ejemplo, El Castañuelo: 300 habitantes frente a 48 enterramientos; o La Papúa: 2800 habitantes frente a 12 enterramientos), ¿hasta qué

punto es el estudio de éstas últimas representativo a nivel social?

Concluye García Sanjuán, tras sopesar el caso concreto de la Sierra Morena Occidental, defendiendo la hipótesis obtenida tras la contrastación de la información previa a su trabajo en el Suroeste: el proceso de surgimiento de la estratificación social en la prehistoria reciente de Sierra Morena Occidental es de carácter netamente secundario y probablemente tiene lugar entre c. 1100-750 a.n.e., una impresión, como ya vimos, generada desde los posicionamientos más antagónicos al materialismo del que hace gala, y refrendada por la ausencia de intensificación y de necesidad gerencial en una región de vocación montuosa, radicalmente distinta de otras, como el entorno de Beja o el Guadiana Medio, eminentemente agrarias. ¿Hasta qué punto es extensible la hipótesis a un Suroeste ecológicamente diverso?

Como valoración general, debemos apuntar que la pretensión inicial de estudiar la transformación social del Suroeste de una forma diacrónica tropieza con grandes problemas documentales que no son achacables sólo a la orientación historicista de la investigación precedente –como le gusta decir a García Sanjuán– sino más bien a las limitaciones del registro empírico, empezando por la más importante: la conservación sólo puntual de los restos humanos en las tumbas. Sorprende, en cierto modo, que no se tengan en cuenta para el análisis del problema los avances experimentados en los últimos años tanto en la regionalización interna del Suroeste como en su articulación secuencial; y nos parece, además, poco saludable desde el punto de vista científico que se haga gala de haber evitado escrupulosamente el procedimiento de insertar dentro del apartado de análisis de datos toda la base documental de registro de datos”, puesto que ello, independientemente de restarle credibilidad, impide la reformulación de hipótesis desde otras orientaciones teóricas o prácticas. Las aportaciones de un enfoque tan novedoso en el Suroeste como el que aquí se propone no deberían quedar empañadas por una actitud tan poco acorde con el empirismo que se propugna, a no ser que en el fondo esta balanza se haya desequilibrado hacia el platillo de la teoría.

Ignacio Pavón Soldevila

Area de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Extremadura. Campus Universitario.10071 Cáceres. Correo electrónico: ipavon@unex.es

GARCÍA SANJUAN, L. (ed.) (1998): *La Traviesa: ritual funerario y jerarquización social en una comunidad de la Edad del Bronce de Sierra Morena occidental*. Universidad de Sevilla. Excmo. Ayto de Almadén de la Plata. Sevilla.

LULL, V. (1983): *La ‘cultura’ de El Argar*. Akal. Madrid.

LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): “Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas”.

cas". En *Homenaje a Luis Siret*. Junta de Andalucía. Sevilla: 441-452.
 LULL, V. y PICAZO, M. (1988): "Arqueología de la muerte y estructura social". *Archivo Español de Arqueología*, 62: 5-20.

JOSÉ MIGUEL GARCÍA CANO: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. I.- *Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia. Murcia, 1997, 550 pp., 167 figs., 60 láms. ISBN: 84-7684-836-6.

JOSÉ MIGUEL GARCÍA CANO: II.- *Análisis de los enterramientos, catálogo de materiales y apéndice antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia. Murcia, 1999, 184 pp. ISBN: 84-8371-076-5 (ISBN Obra Completa: 84-8371-074-9).

De todo el mundo ibérico, el territorio murciano es con diferencia el que ha proporcionado una información más numerosa en lo que al registro funerario se refiere. Aunque con desigual detalle, las extensas necrópolis de Cabecico del Tesoro, Cigarralejo y Coimbra del Barranco Ancho son la muestra más amplia de las sepulturas ibéricas conocidas, por lo que constituyen una referencia inexcusable en este tipo de estudios. La obra de J.M. García Cano es el resultado de un largo trabajo que en buena medida abarca toda una época de su investigación, centrada en torno a un yacimiento señero como es el de Coimbra. La importancia de este lugar fué ya resaltada por el inolvidable D. Jerónimo Molina, quien pasó el testigo al entorno académico, desde el que se implicaron la Dra. A.M^a Muñoz –a quien se debe el prólogo del libro– y al autor del mismo. Ciertamente, las campañas allí desarrolladas habían llamado la atención por las interesantes novedades que planteó la excavación de las sepulturas, y que, lejos de reservarse durante años hasta la publicación de esta memoria, habían sido abiertas al mundo científico en numerosas publicaciones. No obstante, la presentación del conjunto de los datos en estos dos volúmenes supone un aporte significativo al conocimiento de las costumbres funerarias ibéricas de este lugar.

El trabajo se estructura en dos partes, constituyendo la primera el análisis arqueológico propiamente dicho y la segunda un compendio de apéndices en los que, además del catálogo de las sepulturas y sus ajuares, se incluyen estudios de los restos humanos, fauna y flora. El volumen de la información generada podría haberse aligerado evitando algunas repeticiones, por ejemplo, la descripción de la estructura de las tumbas en ambas partes, pero aporta la ventaja de permitir a otros especialistas manejar el listado completo de sepulturas y ajuares del segundo volumen como base de datos individual.

En el poblado ibérico de Coimbra del Barranco Ancho se fundó una primera necrópolis, la de "La Senda", hacia el año 400 a.C., que pronto coexistió con otra, la del "Poblado". Esta última, fundada al-

rededor del 375 a.C., recibió las sepulturas más importantes, y perduró hasta las últimas fases de ocupación de este lugar, mientras que la primera dejó de utilizarse unos cien años después de su inicio. El trabajo de García Cano y su equipo se ha visto dificultado por los fuertes procesos erosivos que caracterizan a todas las zonas elevadas del sureste peninsular, y que han convertido en un verdadero milagro la perduración de las estructuras e incluso de algunos elementos de cubierta que han podido documentarse. El proceso de excavación ha permitido detectar las numerosas remociones de terreno que se produjeron durante el uso habitual de la necrópolis, y la forma en la que ésto afectó sucesivamente a las sepulturas.

Siempre se ha dicho que las necrópolis son las principales fuentes en las que los arqueólogos pueden contar con conjuntos cerrados en los que constatar relaciones de contemporaneidad y sucesión entre objetos, facilitando así los engranajes cronológicos que deben apoyar siempre los estudios tipológicos. Los volúmenes dedicados a las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho –en concreto el primero– son un excelente ejemplo de ello. El interés del autor se decanta claramente por el estudio sistemático de los ajuares divididos por clases tipológicas, ofreciendo no solamente clasificaciones formales, sino insistiendo en sus posibilidades de atribución cronológica. De esta manera, se aporta un referente para los diversos tipos que servirá indudablemente de apoyo para otros conjuntos peor documentados o incluso para materiales sin contexto.

Al menos por lo que nos ha quedado, la impresión que da este conjunto es la de un asentamiento que domina un área no especialmente rica, pero importante en cuanto a su carácter estratégico y defensivo, evidenciado por la situación en altura y por la visibilidad y control que puede ejercerse desde el poblado. Las necrópolis, con su amplitud cronológica y sus materiales, muestran un primer desarrollo de los cementerios desde finales del siglo V a.C., siendo de resaltar que en el primero de ellos, el de La Senda, haya una mayoría de cerámicas áticas de importación frente a las locales, lo que nos indica hasta qué punto se potenció el influjo griego desde la costa al interior. No se han documentado, sin embargo, los monumentos escultóricos que, como antes se pensaba, denotarían esta influencia con mayor claridad.

Por el contrario, el recinto funerario del Poblado se generó a partir de tumbas de mayor categoría, y en él se implantó el único monumento funerario recuperado que incorpora decoración escultórica. Acertadamente atribuye el autor este monumento a la tumba 70, rectificando la anterior opinión de A.M^a Muñoz. La duda parece finalmente descartada por el hecho de que los análisis antropológicos han revelado que el personaje enterrado es un joven, lo que encaja perfectamente con el programa iconográfico desarrollado en el cipo. Finalmente parece claro que el "niño" representado en el relieve puede ser el propio difunto, lo que supone un avance en la comprensión del diseño escultórico. El desplome de la construcción y su

T. P., 58, n.º 1, 2001

mantenimiento en el lugar con todos sus elementos demuestran una vez más que la destrucción de este tipo de monumentos no fué ni mucho menos generalizada, máxime cuando éste se sitúa en una cronología relativamente tardía, poco después de la mitad del siglo IV a.C.

Se pasa revista en este trabajo a muchos aspectos desarrollados por la Arqueología funeraria, como la composición social y la elaboración del ritual funerario, cuidadosamente reconstruido con los datos disponibles. La relación con otras poblaciones del entorno está clara, no sólo por el propio pilar-estela ya citado, que le relaciona con el área del Vinalopó, sino con todo el núcleo de necrópolis de Albacete, con las que muestra grandes similitudes como bien recoge el texto. Sería interesante seguir ahora la ruta hacia la Alta Andalucía, ya que desde Jumilla se alcanza la zona de Caravaca-Cehegín que supone una ruta natural muy transitada hacia los altiplanos granadinos.

Resulta imposible recoger ni siquiera una mínima parte de las sugerencias planteadas a lo largo del desarrollo del libro, así como el avance que supone el estudio detallado de todos los materiales que conforman los ajuares. Baste decir que tenemos una nueva base de datos sobre la que conocer un poco mejor a las poblaciones ibéricas del Sureste.

Teresa Chapa Brunet

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense.
28040 Madrid
Correo electrónico:
tchapa@eucmax.sim.ucm.es

A. BADIE, E. GAILLEDROT, P. MORET, P. ROUIL-LARD, M.J. SÁNCHEZ y P. SILLIÈRES: *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Éditions Recherche sur les Civilisations. Casa de Velázquez. Paris-Madrid, 2000, 380 pp., 91 figs. 47, láms. ISBN 84-86839-96-3.

El presente volumen recoge las actuaciones arqueológicas desarrolladas entre 1991 y 1995 por la Misión Arqueológica Francesa y el Museo del Mar de Alicante en el emplazamiento de La Picola, junto a la actual Santa Pola. Dadas las especiales características del lugar, que por diversos motivos había sido ya objeto de campañas previas, el planteamiento de los nuevos trabajos buscaba informaciones concretas sobre la posibilidad de localizar en este punto la base griega de *Alo-nis*, mencionada en las fuentes clásicas, lo que supondría un paso importante en la definición de la red comercial griega en la Península Ibérica. La visión de Santa Pola como la salida al mar de la ciudad de Elche había sido considerada como un hecho desde hace más de un siglo, cuando los trabajos de Aureliano Ibarra y de su hermano Pedro en el área de La Alcudía citaban ya esta zona costera con la denominación romana de *Portus Ilicitanus*. En aquel entonces la conservación de

los restos arqueológicos seguramente era mejor que en el momento actual, en el que la zona del yacimiento se ha visto afectada primero por movimientos de tierras ligados a la implantación de una agricultura de regadío, y después por una urbanización intensiva. Los niveles arqueológicos están por lo tanto muy arrasados, lo que ha limitado la calidad de la información, que sin embargo, ha conseguido proporcionar datos del máximo interés.

El libro se estructura en tres partes, dedicándose la primera a la descripción del proceso de excavación, en la que se han combinado sondeos puntuales para la delimitación del recinto, y áreas abiertas en extensión en las que se permite observar la dinámica del poblamiento interior. Las catas realizadas en épocas anteriores sirvieron para establecer una primera guía estratigráfica que condujera los posteriores trabajos. Éstos han demostrado básicamente una utilización del lugar en dos fases: la primera, en época ibérica, con una duración aproximadamente de un siglo, desde mediados del siglo V a mediados del siglo IV a.C.; la segunda es plenamente romana, desarrollándose desde finales del siglo I a.C. a fines del siglo IV d.C. La ocupación de época ibérica, que como hemos visto es la que en realidad justifica esta actuación, es la protagonista de la segunda parte de este volumen y de buena parte de la tercera, dedicada a realizar una valoración histórica del lugar y a proporcionar finalmente información sobre la época romana. En este segundo momento, estudiado detalladamente por P. Sillières, el asentamiento parece dedicado casi en exclusiva a la conserva de pescado y a la fabricación de *garum*, siendo de gran interés el relleno de un pozo de época augustea y flavia por el conjunto de materiales y restos faunísticos recuperados. El texto termina con la inclusión de anexos relativos a estudios concretos sobre geomorfología y sedimentología, análisis cronológicos de las arenas por termoluminiscencia, fauna y técnicas de construcción en adobe. Es preciso resaltar que todas estas informaciones, lejos de arrinconarse al fondo del libro, son perfectamente integradas por los autores en la elaboración de los análisis y de las conclusiones sobre el yacimiento.

Uno de los aspectos más interesantes en este sentido ha sido la recuperación de la morfología original de la línea de costa en época ibérica y romana a través de los estudios geomorfológicos apoyados en sondeos iniciados ya en los años setenta en el entorno del Bajo Vinalopó y Bajo Segura, y completados aprovechando las actuales campañas. El resultado, asociado a los datos entomológicos y malacológicos, permite comprobar que La Picola, actualmente a 500 m del mar, era en tiempos antiguos un establecimiento marítimo, junto a una zona de playa rocosa, en un ambiente de bahía abierta.

En este ambiente se planificó con detalle la construcción de un hábitat en el que el aspecto más destacado es el imponente aparato delimitador y defensivo, cuidadosamente estudiado por Moret y sus colaboradores. Baste señalar que este conjunto cuadrangular de fosos, murallas y torres supone un 55%

del total de la superficie construida, lo que evidencia su importancia prioritaria en la definición del asentamiento. El hecho de que en este lugar surja *ex novo* una construcción con estas características parecía un argumento favorable a su lectura como fundación griega, pero la excavación extensiva ha permitido refutar esta hipótesis, ya que ni las viviendas interiores ni el contenido de las mismas se aproxima al modelo de las colonias griegas, sino que repite las pautas propias de los poblados ibéricos. Las casas son de planta sencilla y se adaptan al espacio delimitado por la estructura exterior, con un orden aparentemente rígido en función de calles longitudinales y paralelas. Sus dimensiones y los materiales constructivos revelan unidades de medida alejadas de las que se empleaban en el mundo griego colonial contemporáneo, por lo que es obligada su adscripción al contexto indígena, en el que por el contrario encuentra numerosos paralelos.

El estudio de los objetos recuperados en las unidades de habitación ha corrido a cargo de E. Gailledrat y P. Rouillard, demostrando una gran experiencia en el análisis de los abundantes materiales cerámicos. Se parte aquí de un planteamiento interesante, en el que tanto las piezas importadas como las de fabricación local son tratadas como un mismo y único conjunto, lo que permite extraer importantes deducciones tanto en los aspectos cronológicos, como en lo relativo a las pautas de uso y consumo de alimentos, bebidas y otros objetos. Precisamente estos rasgos son los que apoyan también la consideración de La Picola como un emplazamiento indígena, ya que no sólo se resalta que las cerámicas importadas suponen sólo un 20 % del total, sino que los recipientes conservados se alejan de las vajillas propias de los ambientes de cocina griega que caracterizan a los establecimientos coloniales y que fueron bien definidos por Bats y Morel en el caso de Olbia.

En la línea de los estudios críticos de las fuentes clásicas abordada por P. Moret, este autor revisa la evidencia relacionada con *Alonis* y la ecuación que la identificaba con *Allon*, mostrando que mientras la primera debía emplazarse en el entorno de Marsella, la segunda parece responder a un topónimo indígena que bien pudiera corresponder a Santa Pola, y que recibiría igualmente el nombre de *Portus Ilicitanus*.

P. Moret y P. Rouillard plantean sobre estas bases la lectura de la fortificación y hábitat de La Picola como una fundación dependiente de la población cercana de Elche, para la que actuaría como un establecimiento portuario. Razonablemente, no renuncian a proponer una cierta inspiración griega en esta fundación, dado que además coincide con el momento de máxima expansión del comercio ampuritano. Sin embargo, queda cada vez más claro que en el siglo V a.C. las aristocracias ibéricas habían alcanzado un alto grado de complejidad y de control sobre el territorio y los recursos humanos, lo que les permitía realizar fundaciones estratégicas de distinto carácter.

¿Cuál fué la razón, la función y la gestión del yacimiento de La Picola? Los autores resaltan la au-

sencia de almacenes en el interior y la escasa población que habitaría allí, y que se calcula entre las 87 y las 360 personas. Se plantea una hipotética lectura como lugar fortificado donde se desarrollarían intercambios. Es difícil realizar una propuesta que no se base en la evidencia negativa, dado que el lugar, además de haber sufrido fuertes arrasamientos, fué abandonado hacia el 330 a.C. por sus habitantes, que se llevaron todo aquello que consideraron de valor, especialmente el mobiliario metálico. Tras el abandono se produjo un registro en las viviendas que suscitó nuevas pérdidas y remociones del material cerámico.

El carácter estratégico de esta construcción, junto al puerto y en un lugar de control, y el hecho de que en este momento los intereses comerciales pudieran abordarse de forma sistemática y a gran escala por las élites ibéricas permite pensar en un apoyo militar que advirtiera de posibles peligros que llegaran por vía marítima, a la vez que cumpliera labores de servicio en relación al puerto. A pesar de los intensos trabajos desarrollados por F. Quesada, se desconoce si existieron cuerpos permanentes de tipo militar asociados a los principales centros urbanos y al control de los territorios que dominaban, así como de las vías de comunicación ligadas al comercio, pero su suposición parece razonable. De hecho, C. Aranegui insinuó esta posibilidad para explicar algunas de las tumbas exhumadas en la necrópolis de Cabezo Lucero, muy próxima a este lugar y en parte contemporánea de La Picola.

Son muchas las facetas del funcionamiento concreto de la sociedad ibérica las que nos faltan por desentrañar. Actualmente, sin embargo, parece que hay muchos frentes abiertos que están enfocados a la resolución progresiva de estas lagunas. El trabajo sobre La Picola no nos ha descubierto *Alonis*, lo que sin duda ha defraudado las expectativas del equipo, pero nos aporta una evidencia muy novedosa, estudiada de una forma sintética y clara, en una edición muy cuidada. Por todo ello es de rigor felicitar al equipo que nos ha permitido acceder a este nuevo documento sobre el pasado ibérico.

Teresa Chapa Brunet

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid

Correo electrónico:

tchapa@eucmax.sim.ucm.es

Réplica: Ana María Martín Bravo, *Los orígenes de la Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura*. Madrid, 1999 (recensión de A. Rodríguez Díaz, *Trabajos de Prehistoria*, 57, 1, 2000: 205-207)

Estos párrafos son, ante todo, un medio para reflexionar de nuevo sobre un tema al que dediqué varios años de mi vida como investigadora, que me es grato y del que me alejé después por los avatares de mi carrera profesional. Por ello, la aparición de una

T. P., 58, n.º 1, 2001

recensión de mi paisano y amigo A. Rodríguez me brinda la oportunidad de abrir un paréntesis y volver a escribir sobre la Edad del Hierro en la Alta Extremadura. He querido aprovecharla. Esa mirada atrás provoca una sensación agri dulce, no sólo por evocar el largo camino recorrido durante años para acercarme a las comunidades del I milenio a.C. en la región estudiada, documentarlas y presentarlas ante los demás investigadores. También por percibir que, a pesar del esfuerzo, algunos planteamientos esenciales no se han entendido.

Después de una relectura pausada de la obra, me he convencido todavía más de que para conocer el desarrollo de la que llamamos 'Edad del Hierro' es preciso arrancar desde el final de la Edad del Bronce e ir analizando cómo fueron cambiando cada una de las manifestaciones que conocemos de aquellas gentes. El registro arqueológico del área del Tajo, de las zonas colindantes españolas y las portuguesas no muestra rupturas sino una profunda interrelación entre cada periodo. Aún después de ser tachada por utilizar un "enfoque continuista y acumulativo", no creo que deba cambiarse. Me hubiera gustado encontrar un punto de vista diferente que quizás marcara un hito en la investigación y, sin embargo, tengo que reconocer que no he adoptado una postura radicalmente nueva, sino que asumo algo que ya es tan evidente que Wells (1999: 34) afirma incluso que "entre el final de la Edad del Bronce y el periodo romano no existen importantes discontinuidades en el registro arqueológico de la Europa templada"

Tiene razón A. Rodríguez al afirmar que ese esquema hubiera necesitado apoyarse en puntales cronológicos obtenidos en mis propios sondeos de excavación. Al comienzo de mi investigación lamenté profundamente que no se me permitiera llevarlos a cabo. ¡Cuánto más fácil me hubiera resultado contar con varios sondeos en poblados, reunirlos en una publicación coherente y presentar una visión por estratos de las sociedades del I milenio! A pesar de ello, el haber trabajado durante años con los datos exiguos pero contundentes de la prospección de superficie me obligó a plantearles una y otra vez diferentes preguntas, hasta extraer toda la información que contenían. Para lograrlo tuve que ir más allá de las visiones por periodos y superar esa aparente limitación de no aportar las estratigrafías en las que se suelen basar muchos trabajos de reconstrucción del pasado. Por ese motivo me reconfortan las palabras de Fernández-Posse (1998: 153) "periodizar no es investigar".

Había que apurar la información cronológica aportada por el material de superficie, los fondos de los Museos o los datos de las recientes excavaciones en yacimientos próximos para datar los poblados. Pero, sobre todo, era necesario enfocar el trabajo de forma diferente. Había que leer en el paisaje. La superposición de las distintas fuentes de datos fue la clave para entender el desarrollo de todo el proceso. Cada poblado aislado aportaba poco, pero cada detalle que añadiera el tipo de emplazamiento, sus defensas, la ubicación o sus materiales cobraban sentido al inte-

grarlos en una visión de conjunto. Por ese motivo no resultaba oportuno dar prioridad a los yacimientos excavados sobre el resto, como propone Rodríguez, ya que el discurso no se fundamenta en los objetos aportados por unos pocos enclaves, sino en los datos aportados por una amplia muestra de poblados.

La elección del marco geográfico también es decisiva, porque no fue fruto de la casualidad. Está relacionada con la importancia que marca el paisaje. Tuvimos que optar por una zona bien definida por barreras naturales, que introdujeran un cambio drástico en ese medio que estamos estudiando. La orografía nos facilitaba la tarea, ya que existen unas cadenas de sierras que encierran y delimitan la cuenca extremeña del Tajo. De haber pasado por alto este condicionante, no habríamos entendido la graduación de algunos fenómenos culturales ocurridos en el Occidente peninsular durante el I milenio. El tener conciencia de esas demarcaciones naturales, porque nos hemos encontrado con ellas en cada uno de nuestros continuos viajes desde el centro, el norte o el sur peninsular, nos evitó caer en la tentación de aplicar modelos explicativos de otras zonas a esta.

Existía el peligro de dejarnos arrastrar por el mayor conocimiento arqueológico que tenemos de la cuenca del Guadiana, especialmente de algunos periodos como el Orientalizante. Pero el trabajo de campo realizado nos facilitó percibir que tanto el tipo de yacimiento como los objetos que en ellos aparecen son totalmente diferentes entre la Baja y la Alta Extremadura. La realidad que pudimos observar durante la excavación de yacimientos tan significativos como Medellín (Almagro y Martín, 1994) o Cancho Roano fue esencial para percibir cómo se matizaban las influencias llegadas desde el Sur a medida que se avanza hacia el Norte.

La lejanía de los focos de influencia y las barreras naturales son los responsables del particular desarrollo de la cuenca del Tajo. Ello no sólo no extraña, sino que es lógico. Durante el Bronce Final llegaron los últimos ecos de los influjos atlánticos, a los que empezaron a sumarse las novedades que llegaban desde el Suroeste. El Periodo Orientalizante supuso la acentuación de esa corriente y se observa claramente cómo la zona extremeña será vía de penetración hacia la Meseta. Pero no olvidemos que si la cuenca del Guadiana tuvo una relación estrecha con el mundo tartésico, al ascender hacia el Tajo ese contacto se debilita de forma brusca. Sabemos que llegaron mujeres posiblemente procedentes del mundo tartésico, ya que hemos localizado sus enterramientos junto a poblados indígenas estratégicamente situados en los puntos de acceso a la cuenca (Martín, 1998). Sin embargo, el conjunto de la población permaneció casi al margen de esas influjos lejanos. Por ello no podíamos utilizar los modelos explicativos empleados por A. Rodríguez para la Baja Extremadura, ya que en esa época se nos manifiestan como dos realidades muy diferentes.

Al Norte de la cuenca del Tajo, la Sierra de Gredos vuelve a actuar de tamiz, provocando que las re-

giones que están más allá reciban esas influencias aún mucho más atenuadas. Resulta de ello que los influjos orientalizantes fueron más débiles en las tierras de Avila y Salamanca que en la cuenca del Tajo y la repercusión sobre su desarrollo interno también.

Con el avanzar del tiempo se observa que otros focos culturalmente pujantes sustituirán a los del suroeste. El Hierro Pleno supuso la cristalización de un sistema de ocupación del espacio diferente al que había estado en vigor desde el Bronce Final, aunque hay que señalar que la mayoría de los elementos que caracterizarán a este modelo empezaron a aparecer durante el Hierro Inicial. A partir del siglo IV a.C. la mayoría de los poblados son castros situados junto a las orillas más escarpadas de la cuenca, que ya han perdido el control visual sobre la penillanura, pero que están fuertemente amurallados.

La gran mayoría son núcleos de pequeño tamaño, con características y formas de ubicación en el paisaje diferentes a los que muestran tanto los del área túrdula o la Beturia Céltica en la cuenca del Guadiana como de los grandes castros vetones. A pesar de ello, sí muestran elementos de cultura material concretos asimilados tanto de las zonas al Norte, al Sur o de la Celtiberia, que son incorporados por las poblaciones de la Alta Extremadura, como había sucedido en épocas anteriores. Lo único que ahora resulta más difícil es enmarcar esos influjos bajo un calificativo étnico, puesto que para los últimos momentos del I milenio a.C. conocemos algunas denominaciones empleadas por los historiadores greco-romanos.

Al contrario de lo que indica A. Rodríguez, “la indefinición etnocultural” que nos achaca no es una carencia sino el fruto de una decidida voluntad de no dejarnos atrapar por el corsé de un etnónimo. El título de la obra nos sitúa en un marco geográfico que, con el devenir de la Historia, se convertiría en una parte de Lusitania romana. Al margen de ello, la polémica sobre si esta región hay que incluirla en el grupo étnico prerromano vetón o lusitano se resuelve a nivel arqueológico, que es el que nos interesaba. La realidad que se observa al Norte de la Sierra de Gredos es diferente a la que muestra la cuenca del Tajo, como lo había sido en épocas anteriores. El modelo de *oppida* tan característico de los vetones no existe al Sur de Gredos. La cultura material también lo es, incluso los verracos que aparecen en las zonas

de paso entre una región y otra son distintos, mostrando los del Tajo esa asimilación tan peculiar de influencias meseteñas con las que llegaban desde el sur o sureste peninsular. Ante esa situación solo cabe señalar que no conocer el nombre de las poblaciones prerromanas que estudiamos no debe llevarnos a renunciar a caracterizarlas.

Por eso, acabaremos como empezamos, recurriendo a las palabras de Wells (1999: 33) que dejan claro que “*the archaeological evidence from Late Iron Age Europe shows that peoples were not clearly delineated into specific groups that might correspond to the tribes named by the Roman and Greek writers*”. Esta constatación no fue una limitación para el trabajo, sino que nos ayudó a investigar sin trabas, guiados sólo por lo que nos indicaba el registro arqueológico.

La pauta seguida desde el comienzo nos llevaba a analizar la realidad cambiante de los patrones de asentamientos y las diferentes manifestaciones culturales a medida que pasaban los siglos, culminando con la imposición del dominio de Roma. Este episodio es el que mejor conocemos, el que dejó una huella más nítida en el registro arqueológico y, sobre todo, el que impuso una organización social, espacial y cultural que marcaban el final de un largo periodo. Pero desde el enfoque que hemos adoptado, no fue más que una nueva etapa de llegada de influjos desde el exterior, que en este caso no pudieron ser asimilados, sino que terminaron por transformar a la sociedad.

ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A.M.^a. (1994): “Medellín 1991. La ladera Norte del Cerro del Castillo”. *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra 4. Madrid: 77-127.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis. Madrid.

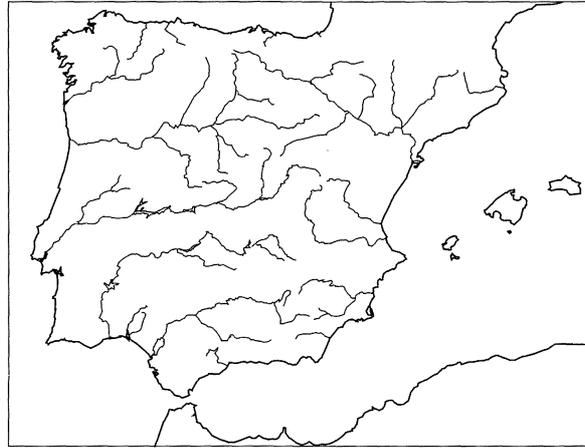
MARTÍN BRAVO, A.M.^a. (1998): “Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del Tajo”. *Archivo Español de Arqueología*, 71: 37-52.

WELLS, P.S. (1999): *The Barbarians Speak. How the Conquered Peoples Shaped Roman Europe*. Princeton University Press. Princeton.

Ana M.^a Martín Bravo

Museo Nacional del Prado. Paseo del Prado, s/n. 28014 Madrid.

**MAPA NORMALIZADO CON RÍOS PARA
TRABAJOS DE PREHISTORIA**



A columna

A caja



NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

La normalización tiene como objetivo fundamental lograr una mayor difusión de la revista en el ámbito científico internacional. La inclusión de la revista en las bases de datos internacionales exige cumplir condiciones formales respecto a las convenciones de presentación de texto y figuras, fecha de aceptación, identificadores del autor, extensión, inclusión de título, resumen y palabras clave en inglés y la precisión en la citación bibliográfica.

Trabajos de Prehistoria publicará prioritariamente estudios sobre Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica, o sobre temas europeos en relación con ésta. La redacción se hará en español, inglés o francés. Los artículos –texto (incluyendo notas y pies), ilustraciones y tablas– en el caso de los artículos tendrá un máximo de 40 páginas (90 000 caracteres). Las colaboraciones a la sección de “Noticiero” y “Recensiones y Crónica Científica” tendrán una longitud máxima de 20 y 4 páginas (45 000 y 9 000 caracteres) respectivamente. Los autores deciden la proporción de texto e ilustraciones encada caso.

No se aceptará ninguna contribución que ya haya sido publicada en otra revista o vaya a serlo. Deberá remitirse una certificación de originalidad firmada por todos los autores.

Trabajos de Prehistoria utiliza para la aceptación de originales un sistema de evaluación anónima. Normalmente el proceso de evaluación desde la recepción del original hasta la contestación al autor con la decisión editorial no durará más de cuatro meses.

La sección de NOTICIARIO publicará avances de proyectos de investigación, campañas de excavación, prospección y hallazgos novedosos y significativos. Las RECENSIONES deberán tener un contenido crítico más que meramente expositivo.

Los originales deberán enviarse a la dirección de la revista (Dpto. de Prehistoria. Instituto de Historia. C.S.I.C. Serrano, 13. 28001 Madrid; tlf.: 915.767.144; fax: 914.317.746; correo electrónico: tp@ceh.csic.es). <http://www.prehistoria.ceh.csic.es/prehistoria/tp/index.html>

A la entrega del original

Desde el volumen 51, 1994, *Trabajos de Prehistoria* publica dos números semestrales que salen en junio y diciembre. El Comité de Redacción hará lo posible para que los manuscritos recibidos y aceptados sean publicados en el curso del año.

Los originales habrán de presentarse mecanografiados (en Din A-4 por una sola cara) a doble espacio tanto el texto como las notas y sin correcciones a mano. Cada página tendrá entre 30 y 35 líneas dejando un margen mínimo de 4 cm e irán numeradas. La numeración de las notas se hará en el mismo orden que estén citadas en el texto. Se reunirán al final del manuscrito para facilitar el trabajo de composición.

La primera página del texto presentará el título del trabajo, el resumen y las palabras clave en español y en inglés o francés; el nombre y el apellido del autor con un asterisco que remita, al pie, a la dirección completa de la Institución donde el autor presta sus servicios o, en su defecto, de su domicilio y la dirección del correo electrónico si la tuviera. Es fundamental que el resumen incluya objetivos, métodos, resultados y conclusiones. Tendrá entre entre 50 y 150 palabras. Las palabras clave deben permitir la inmediata localización del artículo en una búsqueda informatizada por temática, metodología y cronología. Sólo se publicará la dirección de un centro de trabajo por autor. En su caso, pueden indicarse otros en agradecimientos que deberán colocarse al final del trabajo. En la sección de recensiones, el nombre y dirección completos del autor/es aparecerán también al final.

Se entregarán original y copia impresos coincidentes con el archivo del disquete, en formato IBM-PC, indicando el programa utilizado. Aparte se entregará una hoja con la dirección completa del autor, el teléfono y el correo electrónico donde se le pueda localizar con facilidad.

Ilustraciones

Las tablas, láminas y figuras se entregarán en soporte original, indicadas en el texto, y no se compondrán dentro del mismo. Su

pie debe incluirse aparte con los datos completos de identificación. Las láminas se entregarán en formato dispositiva, recomendando la máxima calidad para disminuir la pérdida de detalle en la reproducción; figuras y tablas, en soporte informático, a ser posible. Si no se entrega el original, se admitirán duplicados de calidad con impresora Láser en papel opaco, nunca vegetal. Las figuras llevarán escala gráfica, normalizando su representación y orientando de forma convencional los objetos arqueológicos. Los mapas indicarán el Norte Geográfico. La rotulación tendrá el tamaño suficiente para que, en caso de reducción, se vea con claridad. Cualquier localización deberá situarse, además, en uno de los mapas normalizados de la Península Ibérica facilitados por la revista. Se numerarán independientemente: figuras (dibujos a la línea) y tablas en arábigos y láminas (fotografías y diapositivas) en romanos. Se montarán conforme a caja (162 x 210 mm, completa, a 1/2, a 1/3, o 2/3), o por columnas (75 x 210 mm, misma serie).

Estilo y bibliografía

Se recomienda la redacción en estilo directo con frases cortas para facilitar la comprensión al lector extranjero.

Las mayúsculas deben acentuarse. La Introducción debe incluirse en la numeración de epígrafes. Deben suprimirse los puntos en los años de cuatro cifras: 1971. Los latinismos irán en cursiva: *et alii*, *oppida*, *per se*, *in situ*.

En cuanto a la bibliografía, las citas en el texto se realizarán de la siguiente forma: situado entre paréntesis, el apellido (s) del autor (es), con minúsculas y sin la inicial del nombre propio, seguido del año de publicación y, caso de referencias concretas, de la página reseñada tras dos puntos. Ejemplo: (García Bellido, 1943a: 79), (Hodder y Orton, 1976). Si hay más de dos autores: (Ruíz *et alii*, 1988).

La lista bibliográfica se situará al final del trabajo, siguiendo un orden alfabético, por apellidos. Se incluirán todos los autores en las obras colectivas. No se aceptan citas de inéditos. Las tesis y tesinas inéditas figurarán en notas. Las obras en prensa deberán tener todos los datos editoriales para ser aceptadas.

La reseña de las citas se hará de la siguiente forma: el apellido (s) del autor (es), en mayúscula, seguidos por la inicial del nombre propio. Debajo, se indicará el año de publicación de la obra, diferenciando con la letra a, b, c, etc. Los títulos de libros y de monografías o, en su caso, de revistas o actas de Congresos deberán ir subrayados o en cursiva y sin abreviar. Para los libros se señalará la editorial y el lugar de edición; para la revista, el volumen y las páginas del artículo y, para los Congresos el lugar y la fecha de celebración, así como el lugar de edición y páginas. Los siguientes ejemplos pueden ilustrar esta normativa:

- BOËDA, E. (1988): “Le concept levallois et évaluation de son champ d’application”. En M. Otte (ed.): *L’Homme de Néandertal. Actes du colloque international de Liège* (1986). En J.K. Kozłowski (coord.): *La mutation*, 6. Service de Préhistoire. Université de Liège: 41-60.
- ELUÈRE, C. (ed.) (1989): *Le premier or de l’humanité en Bulgarie*. Edition de la Réunion des Musées Nationaux. Paris.
- FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1957): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Jaén”. *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología* (Burgos, 1955): 180-188. Zaragoza.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1943a): “Algunos problemas de arte y cronología ibéricos”. *Archivo Español de Arqueología*, XVI: 78-108.
- (1943b): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas reingresadas en España en 1941*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- QUEROL, M.*A.; CERDEÑO, M.*L; MARTÍNEZ NAVARRETE, M.*I. y CONTRERAS, F. (1994): “El ejercicio profesional de la arqueología en España”. 1º Congreso de Arqueología Peninsular (Porto 1993). *Actas V. Trabalhos de Antropologia e Etologia*, 35 (1): 485-500.
- RIPOLL, S. (1986): *El Solutrense de cueva de Ambrosio*. Excavaciones Arqueológicas en España, 148. Ministerio de Cultura. Madrid.
- SNODGRASS, A. (1984): “The ancient Greek World”. En J. Bintliff (ed.): *European social evolution*. University of Bradford. Bradford: 227-234.

Cuando se incluyan fechas de C14, éstas deben estar acompañadas de la sigla de laboratorio, número de la muestra, clase de material y desviación estadística. En las fechas calibradas debe señalarse la tabla o programa informático utilizados.

En cuanto a las revisiones, las publicaciones que deseen ser objeto de la misma deberán remitir al director de la revista dos ejemplares, uno para el autor de la reseña y otro para la Biblioteca del IH. Se excluyen: separatas, re-ediciones excepto aquellas con grandes y significativos cambios, volúmenes de revista excepto el número 1 de una nueva serie, monografías de pequeña extensión y libros que traten temas ajenos a la Arqueología Prehistórica y Protohistórica.

En ningún caso se publicarán contrarréplicas y, excepcionalmente, a criterio del Comité de Redacción las réplicas.

Pruebas y separatas

Cuando los autores corrijan las primeras pruebas se limitarán a una revisión de posibles erratas y a subsanar la falta de algún pe-

queño dato. En el caso que algún autor se extralimitase en la corrección, añadiendo o suprimiendo párrafos ya impresos, correrá a su cargo la factura suplementaria que la imprenta presentase en cuanto a correcciones.

La devolución de pruebas se realizará en un plazo máximo de quince días desde la fecha de entrega de las mismas para evitar en todo lo posible los retrasos en la publicación dentro del número previsto. En caso de ser varios los autores, se dirigirá al primer firmante del trabajo. Los autores tendrán derecho a un ejemplar y a 25 separatas de su artículo. La factura y costes de envío de separatas adicionales correrán por cuenta del autor.

La publicación de artículos en cualquiera de las revistas del Instituto no da derecho a remuneración alguna. Los derechos de edición son del CSIC, siendo necesario su permiso para cualquier reproducción. Enviar el pago al Servicio de Publicaciones, CSIC (Vitrubio 8; 28006 Madrid). (<http://www.csic.es/publica/#adquisicion>).

NORMS FOR THE PRESENTATION OF ORIGINAL MANUSCRIPTS

These norms have as their goal to obtain for the journal a broader international scientific audience. The inclusion of the journal in international data bases requires that its contents meet certain conditions with respect to the presentation of texts and figures, deadlines, author identifications, length, precision in bibliographic citations, and inclusion of the title, abstract, and key words in English or French, as well as other matters of editorial policy.

Trabajos de Prehistoria has as its first priority to publish works on the Prehistory and Protohistory of the Iberian Peninsula or on European topics related to Iberia.

Articles will be published in Spanish, English or French. For articles, the length-text (including notes and captions), illustrations and tables will have a maximum of 40 pages (90,000 characters). Contributions to the Reports section and the Book Reviews and Scientific Chronicle must have a length of no more than 20 pages and 4 pages (45,000 and 9,000 characters respectively). In each case authors are to decide the proportion of text and illustrations.

No manuscript should be submitted for publication if it has already been published or will be published by another journal. Each manuscript should be accompanied by a declaration of originality signed by all the authors. *Trabajos de Prehistoria* uses a system of anonymous evaluation of all submitted manuscripts. Normally the Evaluation process will not last more than four months from the receipt of the manuscript to the editorial decision that is communicated to the authors.

The Reports section will publish preliminary reports of research projects, excavations, surveys, and other novel and significant discoveries. The Book Reviews and Scientific Chronicle should be critical, not merely descriptive in content.

Articles should be sent to the Director of the periodical (Dpto. de Prehistoria, Instituto de Historia, CSIC, Serrano, 13, 28001 Madrid; ph.: 915.767.144; fax: 914.317.746; e-mail: tp@ceh.csic.es). <http://www.prehistoria.ceh.csic.es/prehistoria/tp/index.html>

Submission of the original manuscript

Since volume 51 (1994) *Trabajos de Prehistoria* has been published as two semiannual numbers each year one in June and one in December. The editorial staff makes every effort to ensure that manuscripts received and accepted are published within the year.

Original manuscripts must be typed (singlesided) on A4 paper. Both the body of the text and notes are to be doublespaced. There

should be no hand-written corrections. Each page shall have thirty to thirty five lines of text with margins of at least 4 cm. All pages should be numbered. Notes must be numbered in the order in which they are cited in the text and must be placed at the end of the body of the text in order to facilitate composition.

The first page of the text shall present, in Spanish and in English or French, the title of the work (together with author's name and surname), a abstract, and a list of key words. The abstract must set forth the goals, methods, results, and conclusions of the work and be between 50 y 150 words in length. The Key words should enable a computer-based search to identify the article immediately by topic, method, chronology, and locality. Following the author's name an asterisk will identify a footnote giving the address of the institution where the authors works. The author's e-mail address should be included, if available. Authors unaffiliated with an institution may give their personal address. Authors must identify only one institution of affiliation in the footnote (others may be indicated in the Acknowledgements at the close of the text). In reviews, the author's name and address will appear at the end of the text; each one on a separate line.

The author shall submit an original, a photocopy, a sheet indicating the address, e-mail address and telephone number where the author may be reached most easily, and the author's title at his/her primary institution of affiliation. Authors should also submit their contribution on a diskette, and indicate what type of computer, disk operating system, and word processing program they have used. The printed version and the disk that are submitted shall coincide in all respects. Only one type font may be used in any contribution.

Illustrations

Tables, plates, and figures shall be submitted separately, preferably as originals, with their placement indicated in the text. Their captions, to be submitted separately, shall include all the information required to identify the illustrated or tabulated materials. Photographic plates should be submitted as slides of the highest possible quality, so as to minimize loss of detail in reproduction. If possible, figures and tables shall be submitted as image data bases on diskette. If originals are not submitted, high quality, laser-printed duplicates on opaque (not vegetable) paper will be accepted. Figures shall include a graphic scale, with archaeological objects presented uniformly in conventionally oriented fashion. Maps should include an arrow pointing north. Lettering should be big enough to be legible after reduction. The locality of any site or area shall be indicated on a standard map of the Iberian Peninsula to be provided by the journal. Plates shall be numbered using Roman nu-

merals; figures (line drawings) and tables shall be numbered using Arabic numerals. They should be designed to fit within a space of the following dimensions: all, 1/2, 1/3, or 2/3 of a rectangle of either 162 x 210 mm. (a whole page) or 75 x 210 mm. (a column).

Style and Bibliography

Authors should write in a direct style, using short sentences, to facilitate comprehension by foreign readers.

Capital letters should be accented. The Introduction should be included in the numbering of sections within the works. Punctuation within four-figure year numbers should be eliminated (e.g., 1971). Latin expressions should be italicized: *et alii*, *oppida*, *per se*, *in situ*.

Bibliographical citations in the text should be in the following format: within parentheses, the last name (s) of the author (s) in lower case, followed by the year of publication and (in the case of specific citations) by page numbers (after a colon). Examples: (García Bellido, 1943: 21); (Hodder and Orton, 1976) or, if there are more than two authors (Ruiz *et alii*, 1988: 11-12).

The bibliographic list shall be placed at the end of the manuscript in alphabetical order by authors' surname. In co-authored works, the names of all the authors must be listed. To be included, citations of works in press must include full bibliographic details. Unpublished theses and dissertations should be cited in footnotes.

The full citations shall be in the following format: last name (s) of the author (s) in upper case, followed by the initial (s) of their first name (s). On the following line, indented three spaces, the year of the work (differentiating by the letters a, b, c, etc., the works published by an author in a single year). Titles of books, monographs, journals, and proceedings of congresses should be underlined. They should not be abbreviated. Citations of books should include the publishing house and place of publication. Citations from journals should include the volume number and the page number and the page number of the article. Citations of Congress preceding should include the place where and date when they occurred, the place of publication, and page numbers. The following examples illustrate the above rules:

BOËDA, E. (1988): «Le concept levallois et évaluation de son champ d'application». En M. Otte (ed.): *L'Homme de Néandertal*. Actes du colloque international de Liège (1986). En J.K. Kozłowski (coord.): *La mutation*, 6. Service de Préhistoire. Université de Liège: 41-60.

ELUÈRE, C. (ed.) (1989): *Le premier or de l'humanité en Bulgarie*. Edition de la Réunion des Musées Nationaux. Paris.

FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1957): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Jaén». *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología* (Burgos, 1955): 180-188. Zaragoza.

GARCÍA BELLIDO, A. (1943a): «Algunos problemas de arte y cronología ibéricos». *Archivo Español de Arqueología*, XVI: 78-108.

– (1943b): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas reingresadas en España en 1941*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

QUEROL, M.^aA.; CERDEÑO, M.^aL.; MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^aI. y CONTRERAS, F. (1994): «El ejercicio profesional de la arqueología en España». 1^o Congreso de Arqueología Peninsular (Porto 1993). *Actas V. Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 35 (1): 485-500.

RIPOLL, S. (1986): *El Solutrense de cueva de Ambrosio*. Excavaciones Arqueológicas en España, 148. Ministerio de Cultura. Madrid.

SNODGRASS, A. (1984): «The ancient Greek World». En J. Bintliff (ed.): *European social evolution*. University of Bradford. Bradford: 227-234.

When referring to 14C dates, authors should give sample number and the \pm error. Citations of calibrated dates should indicate what conversion table or program was used.

Two copies of books for review (one for the reviewer, one for the Department's library) should be sent to the Director of the journal. *Trabajos de Prehistoria* will not review individual articles (offprints), second editions (except if these involve large-scale, significant changes), journal volumes (except for the first number of a new series), short monographs, and books on subjects unrelated to Prehistoric and Protohistoric Archaeology. No counter-replies will be published, and replies will only be published under exceptional circumstances, if approved by the Editorial Board.

Proofs and offprints

When authors correct first proofs, they should limit themselves to changing printer's errors and small factual deficiencies. If an author makes substantial revisions in proof, adding or cutting paragraphs already set into type, he/she will be responsible for paying whatever additional cost the printing firm may charge for the changes.

In order to avoid delays in publication, authors must return proof within a maximum of two weeks of receiving them. When articles are co-authored, proofs will be sent to the first author. Authors will receive free one copy of the journal and a total of 25 offprints of their contribution. If they require more offprints, authors will be charged for the additional number.

Publication of an article in any of the Institute's journal will be unremunerated. Copyright belongs to the CSIC, whose permission will be required for any republication. Please contact Servicio de Publicaciones, CSIC (address: Vitruvio 8; 28006 Madrid). (<http://www.csic.es/publica/#adquisicion>).